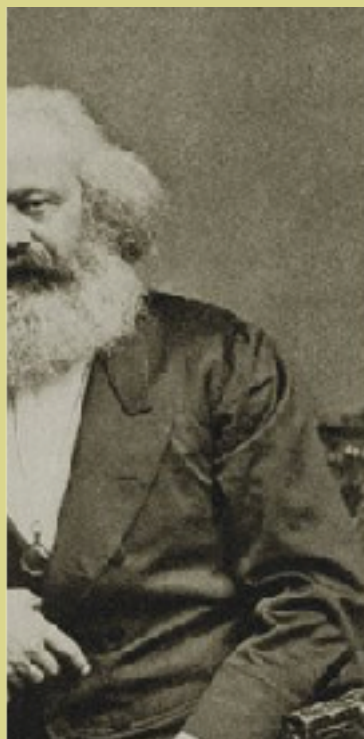


Marx, Bakunin y viceversa



**Textos de Vladimir Muñoz, E.H. Carr,
Miklós Molnar y Maurice Cramston**

Edición:

Pepe Gutiérrez Álvarez

MARX, BAKUNIN Y VICEVERSA

**Textos de Vladimir Muñoz, E. H. Carr, Miklós Molnár
Maurice Cranston**

Edición a cargo de Pepe Gutiérrez-Álvarez

0. Presentación

El año del bicentenario de Bakunin ha comenzado con muy pocas actividades, sobre todo considerando su importancia general y “nacional”. Al margen de las valoraciones que se puedan hacer sobre el personaje, nadie puede dudar de la trascendencia de su influencia desde la célebre llegada de Fanelli. No he percibido su presencia en las diversas revistas de historia, tampoco se han editado ninguno de sus escritos o algunas de sus biografías (anotemos que está prevista la reedición de la de Polonski traducida al catalán por Andreu Nin)...Tampoco hay noticias de actos y debates, es una pena que el único que se ha hecho con vocación pluralista ha sido el de la Fundació Andreu Nin en Barcelona.

Igualmente no he visto ninguna aportación significativa en las redes sociales exceptuando un notable trabajo de Rafael Cid para Kaosenlared y, modestamente, la edición en *pdf* de una recopilación de textos. Aproximaciones a Bakunin, con buenos textos del notable historiador socialista británico G.D.H. Cole, otro del crítico literario e historiador izquierdista norteamericano Edmund Wilson y finalmente, el de politólogo germano Kart Lenk, tomado de su libro Teorías de la revolución.

La “gran época” bibliográfica de y sobre Bakunin fue la década de los setenta, cuando se editaron parte de los textos recogidos en aquella y esta recopilación, hubo tentativas de edición de sus

obras completas y tuvo una importancia significada en revistas como Ruedo Ibérico...

En el acto sobre Bakunin celebrado en la Biblioteca Andreu Nin, cite lo que decía Carr en su prólogo de *Los exiliados románticos*, del trío formado por Bakunin, Herzen y Ogarev: "... sé muy bien que en estas páginas no se ha hecho justicia a aquel asombroso y enérgico personaje del anarquismo revolucionario -figura a la vez subhumana y sobrehumana- Mijhail bakunin. Su órbita meteórica toca e intersecciona a intervalos irregulares el círculo de *Los exiliados románticos* y son tan sólo estos puntos de intersección y de contacto los que aquí se registran. Pero Bakunin merece un volumen para él solo y me absuelvo de esta culpa alimentando la ambición de escribir en el futuro".

Estas líneas fueron escritas en 1933 y en 1937, el *torie* que acabó siendo un marxista convencido en la estela de su crítico Isaac Deutscher, escribió una voluminosa biografía de Bakunin que levantó ciertas ampollas en el movimiento libertario, pero también entusiasmos como el manifestado por Peirats muy celoso de lo que se decía de Bakunin aunque él se sentía más próximo a Proudhon.

Resulta extraño que una ocasión como esta no hay dado pie a más encuentros, sobre todo considerando que sí hay un personaje histórico asociado al anarquismo (que algunos llamaron bakuninismo, lo que suscitó la protesta de Malatesta que proclamó que una idea no podía

ser representada por un individuo por más importante que este fuese), que encarnara en su vida esta idea y contribuyera más que nadie a la consolidación y extensión del socialismo libertario, ese es Miguel Bakunin, del cuyo nacimiento se cumple dos siglos.

A diferencia de Proudhon, el origen de Bakunin es casi el "típico" del aristocrático ruso y recibe de su padre una cuidada educación liberal, influida por Rousseau; comienza una carrera militar, pero pronto renuncia a ella para dedicarse a la filosofía, primero en Moscú y, más tarde, en Alemania, donde en 1840 entró en contacto con los jóvenes hegelianos. Lee atentamente las obras de Charles Fourier y de P.J. Proudhon, convenciéndose de que una nueva sociedad sólo será posible con la desaparición del Estado y de toda forma de autoritarismo. Ya en París entra en contacto con el mismo Proudhon, pero también con Marx, Etienne Cabet (que le precedió en su influencia en Cataluña), Lammenais (el antecesor de la "teología de la Liberación") y con otros círculos revolucionarios, dedicándose de cuerpo y alma a la revolución, por lo que pronto será conocido por todas las policías europeas.

Su imagen subversiva se agrandó especialmente tras los sucesos de Dresde en 1849, haciendo causa común con los insurrectos, por más que no compartía totalmente sus puntos de vista, algo

muy propio de la época. Su participación fue importante, suscitando la admiración de un tal Karl Marx, pero una vez fracasada la revolución, no consiguió escapar como su compañero en el levantamiento, Richard Wagner (cuya evolución ulterior será muy distinta), por lo que se fue transportado a una serie sucesiva de prisiones y a sufrir diversas condenas a muerte conmutadas en las cárceles de Polonia, Austria y, finalmente, de Rusia.

De todos los grandes líderes revolucionarios de la época, Bakunin fue seguramente el que padeció mayores penalidades; penalidades que le llevaron a escribir una famosa confesión al Zar, en la que, sin renunciar a sus principios, solicitaba clemencia, encontrándose en una situación física y moral muy angustiada, sobre todo para alguien que amaba la libertad por encima de cualquier otra cosa. Deportado finalmente a Siberia, logró escapar y volver a Europa, incorporándose de nuevo a la acción revolucionaria. Su potencia física se fue haciendo casi legendaria.

Será justamente, después de su vuelta a Londres, en 1861, cuando las ideas de Bakunin evolucionan decisivamente y pasan de un paneslavismo, más o menos radical, a un ideario del que ya se puede hablar de un cierto anarquismo. Sus relaciones con la AIT y los enfrentamientos con Marx, sus contactos con los revolucionarios italianos y suizos, le llevan ya definitivamente hacia el anarquismo, consiguiendo ir más allá de

Proudhon no tanto por una mayor solidez teórica cuanto por conseguir que las ideas anarquistas arraigaran en un movimiento obrero y tuvieran una amplia difusión por toda Europa, pasando a convertirse en una doctrina de acción política. La polémica con Giuseppe Mazzini le lleva a afirmar el sentido obrero e internacionalista de la revolución, mientras que la polémica con Marx, similar a la que ya había tenido Proudhon, le lleva a reafirmar un socialismo no autoritario en el que el federalismo y la abolición del Estado pasan a ser cuestiones centrales.

Verdadero profesional de la revolución, Bakunin permaneció volcado más a la acción revolucionaria que a escribir o exponer de forma coherente y sistemática su pensamiento; es autor más bien de panfletos, de libros incompletos, de programas revolucionarios para las organizaciones que creaba o contribuía a crear, escritos de menos solidez teórica que los de Proudhon o los de Kropotkin, pero indiscutiblemente con una notable fuerza propagandista, capaz de desencadenar la acción a su alrededor.

El propio Bakunin escribió: "yo no soy ni un sabio, ni un filósofo, ni siquiera un escritor de oficio. He escrito muy poco en mi vida, y solamente lo he hecho, por decirlo así, a pelo, cuando una convicción apasionada me forzaba a vencer mi repugnancia instintiva contra toda

exhibición de mi propio y en público. (...) Yo soy un buscador apasionado de la verdad y un enemigo no menos apasionado de las ficciones desgraciadas con que el partido del orden (...) pretende servirse todavía hoy para dominar y esclavizar al mundo. Yo soy un amante fanático de la libertad, a la que considero como el único medio en el seno del cual pueden desarrollarse y agrandarse la inteligencia, la dignidad y la felicidad de los hombres”.

En su áspero y poco edificante enfrentamiento con Marx, lo que se estaba optando era por la concepción de lo que debía ser un movimiento revolucionario de trabajadores, si bien lo que resultó evidente con el tiempo fue que en el movimiento obrero coincidirían tendencias y sensibilidades muy diversas y que por lo mismo: *la pluralidad era una asignatura obligatoria*. La disputa de ambos terminó con la misma Internacional y escindió definitivamente el socialismo en dos ramas. Uno y otro se siguieron respetando; para Bakunin los análisis económicos de *El Capital* eran insustituibles (algo que olvidarían la mayor parte de sus discípulos), mientras que Marx, como muestran las anotaciones a la obra de Bakunin *Estatismo y anarquía*, siguió leyendo y reflexionando hasta el final de sus días las críticas del ruso al Estado y al autoritarismo, dándose en los hechos un singular encuentro en la comuna de París, justo cuando habían dejado de hablarse. Ambos se muestran favorables a un “poder

popular” horizontal, participativo, favorable a un sistema que no está escrito sino que hay que escribir.

Más allá de toda la maraña de las calumnias y las intrigas, de todo ese submundo que suele acompañar la lucha de fracciones revolucionarias en todas las escuelas, es muy importante destacar que Bakunin refuerza a partir de entonces una concepción autogestionaria y federalista de lo que debe ser el movimiento obrero, organizado por los trabajadores mismos, rechazando la constitución de cualquier tipo de partido político o la aceptación de una dictadura del proletariado como etapa de transición hacia la implantación definitiva del comunismo, dos actitudes que no eran compartidas por otras escuelas, sobre todo por la marxista si bien está claro que las lecturas son muchas y las circunstancias también. No se ve igual las cosas en medio de un fregado a vida o muerte con la reacción que en un debate sobre el papel.

Consciente de que la clase obrera –con todo el atraso inherente a siglos de dominación- no será por sí misma capaz de mantener una acción revolucionaria, potencia la creación de asociaciones secretas destinadas a precipitar la revolución, grupos en los que debían de integrarse los elementos más conscientes y que tendrían como misión incorporarse a los movimientos obreros más amplios para desde

ellos encauzar y alentar a los trabajadores hacia una acción auténticamente revolucionaria. Este esquema organizativo tendrá una enorme importancia en la práctica anarquista, especialmente en el caso de España, y planteará algunas dificultades teóricas y prácticas sobre el papel dirigente de las minorías, nunca totalmente resuelto en el seno del movimiento libertario cuya historia merece una discusión aparte.

Lo que nadie puede negar sobre Bakunin, es su gran entrega revolucionaria, se volcaron multitud de injurias, incluso la de ser un agente al servicio del Zar. De todas ellas, la que reviste una especial importancia es su colaboración con un joven nihilista ruso, Nechaev, otro punto que merece una discusión aparte. Por más que algunos autores hayan demostrado ya con pruebas que Bakunin no intervino en la redacción del famoso *Catecismo Revolucionario*, conocido panfleto exaltando la violencia y el terrorismo, por más que esté demostrado hasta la saciedad que Bakunin fue engañado por el joven ruso, rompiendo luego tajantemente con él, lo cierto es que la fugaz colaboración de ambos sirvió para vincular la doctrina anarquista con la práctica del terrorismo individual, práctica que alcanzará especiales connotaciones en las décadas posteriores. Desde el propio anarquismo, autores como Kropotkin, Malatesta o Reclus, hicieron todo lo que estuvo de su mano de desvincularlo

de la tentación terrorista, el terreno preferido por la burguesía que no dudó en más de una ocasión en simular atentado para reprimir y aislar el movimiento.

En gran medida, fue gracias a Bakunin que el anarquismo salía reforzado como una concepción del socialismo arraigada en el movimiento obrero con propuestas específicas para hacer frente al sistema capitalista y encarar la revolución social.

La cronología de Vladimir Muñoz apareció en la recopilación de Germinal Gracia, Bakunin hoy: el texto de Carr es el capítulo 31 de su voluminosa biografía aparecida en Grijalbo; el librito de Maurice Cranston fue traducido por José Peirats y editado en una colección bastante militante Tusquest... Pero quizás el apartado más elaborado sea el de Miklós Molnár, por lo que reproducimos lo que se decía en su contraportada...

Nacido en Budapest, Miklós Molnár vivió y trabajó en Hungría hasta 1956. Después de sus estudios en la Universidad, fue redactor en varios periódicos, ocupándose sobre todo de cuestiones literarias y artísticas. Al finalizar la guerra, ocupó el puesto de redactor literario de *Szabad Nep*; pasó después a redactor-jefe de la *Gaceta literaria*, órgano de la Asociación de Escritores Húngaros, que, entre 1953 y 1956, fue el portavoz de la oposición antistalinista. Desde 1956, Miklós Molnár vive en Ginebra, donde es profesor de Historia en el Instituto

Universitario de Altos Estudios Internacionales. Doctor en Ciencias Políticas, Miklós Molnár ha proseguido sus investigaciones en Historia, en especial sobre los movimientos sociales del siglo XIX. Entre sus publicaciones, destacan: *L'Aliance de la démocratie socialiste. Procés-verbaux de la section de Geneve*, en colaboración con Bert Andreas, y *Victoire d'une défaite, Budapest*, 1956.

El libro de Molnár se centra, esencialmente, en el estudio de la Conferencia de Londres de septiembre de 1871, más conocida con el nombre de Primera Internacional. Miklós Molnár estudia de manera exhaustiva esa Conferencia, donde los protagonistas asistieron a la confrontación capital de las tesis marxistas y anarquistas, destacando sobriamente los elementos más relevantes y presentando de forma objetiva el alcance de las tesis en debate. El análisis histórico de los antecedentes de la decadencia y ulterior resurgimiento del concepto de internacionalismo obrero, tal como Marx lo concibiera hace ya un siglo, ha sido estudiado pocas veces con el espíritu científico al que recurre Molnár, sirviéndose de sus vastos conocimientos y del dominio de los idiomas en que se basan las fuentes, a menudo todavía inéditas.

Frente a la teoría marxista de dictadura del proletariado como etapa intermedia entre la destrucción de la sociedad capitalista y el advenimiento de la sociedad comunista, Bakunin defendió el principio de la eliminación del Estado y de

cualquier otro poder, fuera éste proletario o no. El concepto mismo de Estado es incompatible con la idea de anarquía y Bakunin calificaría de «burocracia roja» al Consejo de la AIT, dominado por Marx. Para éste, la sociedad sin clases no desaparecerá por el solo hecho de que se decreta su abolición, sino que será el resultado ulterior de un largo proceso hasta que el hombre se libere de todas las alienaciones. Bakunin cree, por el contrario, que basta con destruir el Estado. La suma de todas las libertades se traducirá entonces en la comuna colectivista ideal. Bakunin pensó que sólo así desaparecerían las clases sociales y con ellas las taras de la humanidad. Resulta especialmente interesante para el lector español la intervención de los socialistas españoles, ya entonces sensibilizados ante el peligro de burocratización de la Internacional. El texto de Anselmo Lorenzo, que Molnár recoge, es uno de los testimonios más lúcidos y humanos pronunciados durante la Conferencia de Londres, hito fundamental no solo del movimiento obrero, sino de toda la historia contemporánea europea y mundial.

Pepe Gutiérrez-Álvarez

Cronología de Bakunin

Vladimir Muñoz

1. 1677: Aparece un Bakunin en los registros de la nobleza de Moscú.

1770: Nacimiento de Alejandro Mijailovitch Bakunin (futuro padre de Bakunin).

1776: Miguel Vacilevitch Bakunin, su abuelo paterno, a la sazón consejero de Estado y vicepresidente de la Cámara, compra con toda la servidumbre una propiedad rural, cerca de Priyamuchino (hoy Kalinin) situada en las orillas del río Osuga, distrito de Novotorschok, gobernación de Tver, al noroeste de Moscú. Envía a su tercer hijo, Alejandro, a estudiar a la universidad de Padua (Italia).

1778: Su padre se gradúa en la universidad italiana. Luego ocupa un puesto diplomático en la embajada rusa de Florencia.

1789: Su progenitor es ahora diplomático en París. El 14 de julio, asiste de lejos a la toma popular de la Bastilla, símbolo del absolutismo real.

1792: Nacimiento de Bárbara Alexandrova Muraviev (su futura madre).

1805: Su padre regresa a Rusia, dimite de los cargos oficiales y se hace cargo de la propiedad

de Pryamuchino, a la sazón con 1200 siervos varones, pues las mujeres no se contaban.

1809: Su padre se enamora de la joven Bárbara Muraviev.

1810: Casamiento de Alejandro Bakunin con Bárbara Muraviev.

1811: Nacimiento de la hermana de Bakunin, Lyuba.

1812: Viene al mundo su hermana Bárbara.

1814: El 8 de mayo nace Bakunin Mijhail (Miguel) Alexandrovitch, en la propiedad rural de Pryamuchino.

1816: Nacimiento de su hermana Alejandra.

1818: Viene al mundo su hermano Alejo.

1819: Dos tíos paternos son altos funcionarios del Estado en San Petersburgo. Nace otro hermano.

1820: Nacimiento de su hermano Pablo. Su tío paterno Ivan.

Bakunin es oficial de alta graduación en el ejército del Cáucaso.

1821: Viene al mundo otro hermano.

1823: Nace el último de sus hermanos.

1825: Tries Muraviev son deportados a Siberia a causa de la insurrección de los Decembristas. Su padre escribe un libro, Osuga, sobre temas naturalistas.

1830: Bakunin es enviado por su padre a especializarse como artillero en la escuela militar de San Petersburgo.

1832: Termina sus estudios en la escuela de armas y es enviado como teniente a un regimiento destacado de Lituania.

1834: Brutal represión del ejército ruso, que aplasta una sublevación polaca. Por tal motivo, abandona Bakunin el ejército. Regresa a la propiedad campestre de Pryamuchino y traduce la "Historia de la Civilización Francesa" de Guizot.

1835: Lee a los filósofos alemanes del siglo XVIII. En un viaje a Moscú traba conocimiento con Nicolás Stankevüch (quien le inicia en el estudio de Kant y Fichte) y con las hermanas Alejandra y Natalia Beer, e ingresa en su grupo, denominado "Los idealistas".

1836: Se publica el libro de Fichte "Lecciones sobre la misión del hombre de ciencia", traducido por Bakunin. 1838: Belínski, su mejor amigo, pasa unos meses con él en Pryamuchino. Juntos estudian a Hegel, filósofo entonces de gran popularidad en Rusia. Muerte su hermana Lyuba. Traduce y prologa los "Discursos Gímnales de

Hegel". Escribe el ensayo "De la filosofía".

1840: Conoce en San Petersburg a Alejandro Herzen, que regresaba del destierro en provincias. Fija residencia en la capital rusa. Proyecta prepararse en Alemania para hacerse profesor de filosofía en su país, y a tal efecto se embarca rumbo a Lübeck. El 9 de julio llega a Berlín. Comparte un aposento con otro estudiante ruso, el futuro novelista Iván Turguenev. Ambos siguen los mismos cursos y de noche no se pierden ningún concierto de Beethoven.

1841: Al concurrir a las clases de Schelling, encuentra que "su filosofía es reaccionaria". Se hace amigo del estudiante Vainhagen Tuse. Pasa una temporada en el balneario báltico de Bad Enss, junto a su hermana Bárbara y a su hermano Pablo, entonces de paso por Alemania.

1842: Se traslada a Óresete, donde, con el seudónimo de Jules Elisand, publica su celebra ensayo "La Reacción en Alemania" dirigido a "las almas templadas e indecisas en lo que se refiere al concepto de la libertad". Se relaciona con Arnold Ruge, director del "Anuario Alternan". Al leer a Lamennais, se interesa por los conceptos del socialismo.

1843: Viaja a Zurich, pasando por Leipzig y Estrasburgo. En la ciudad suiza conoce a Julio Frobel y Augusto Folien. 1844: Escribe

apasionadas cartas de amor a Johanna Pescantini, una joven de origen alemán que vivía en Riga. Termina su estudio "La filosofía de Fueurbach". En el mes de febrero deja Suiza y se traslada a Bruselas, donde conoce a Jaachim Lelewel. En julio viaja a París, donde conoce a Carlos Marx y Federico Engels en el círculo Worwaerts.

1845: Reside en París. Carta a su hermano Pablo: "He roto completamente con la metafísica y me entrego al mundo práctico de la vida real". Al no querer acatar una orden del gobierno ruso para que regrese a su país, se le condena a destierro perpetuo «n Siberia y a la confiscación de sus bienes. Su respuesta es un artículo contra el zarismo en el diario parisiense "La Reforma". Escribe el folleto "El Cristianismo y la Sociedad Actual". Conoce a Proudhon, con el cual pasa largas veladas conversando. También se hace amigo de Carlos Vogt.

1846: Se adhiere públicamente a la filosofía anarquista. Sigue conspirando contra el zarismo.

1847: Conoce a Etienne Cabet, autor de "Viaje a Icaria". Escribe su ensayo "Polonia y Rusia". Habla en un banquete a los polacos y se publica su "Discurso a los Polacos". Acosado por la embajada rusa, el gobierno francés le expulsa y debe refugiarse en Bruselas.

1848: Se publica su "Segundo Discurso a los

Polacos". Asimismo su folleto "Fundamentos de la nueva política eslava". Por su "Manifiesto a los Eslavos", le apoya con entusiasmo un grupo de estudiantes checos, mientras que los nacionalistas balcánicos son sus furibundos enemigos. Se hace presente en la insurrección de París. Luego viaja a Zurich, donde refuta la filosofía estatal de los alemanes que rodeaban a Weiting. Se produce su primera ruptura con Marx. Visita con fines revolucionarios las ciudades de Francfort, Breslau, Berlín, Koethen, Leipsig y Munich.

1849: Toma parte en la insurrección de Praga. En Dresde se hace amigo del gran músico Ricardo Wagner. Participa de la revolución en esta ciudad. El 10 de Mayo cae prisionero en Chemnitz, con otros revolucionarios. Se encierra en las cárceles de Dresde y Koenigstein, y un tribunal le condena a muerte. Luego se le expulsa a Austria, al pedir este país su extradición.

1850: En la cárcel escribe su "Escrito de Defensa". Se le encarcela en Praga y en Olmütz. A pedido del gobierno zarista, lo entregan a Rusia.

1851: Se le encierra en la fatídica fortaleza Pedro y Pablo de San Petersburgo, donde habrá de permanecer seis años. A solicitud del zar Nicolás I, empieza a escribir su "Ispoved" (Confesión), con la esperanza de lograr el destierro a Siberia.

1853: Su hermano Pablo le hace una visita en la fortaleza.

1854: Su hermana Tatiana le visita también.

1856: Mueren su padre, que estaba ya casi ciego, su hermana Bárbara y el gran amor de su vida, Johanna Pescantini.

1857: Escribe una carta al nuevo zar, Alejandro II para lograr la deportación siberiana, quien le concede en efecto, "un internamiento por toda la vida en un distrito rural del gobierno de Tomsk, en la Siberia Occidental". Se le traslada a la prisión de Schiüsselburg y de allí se le deporta. El 23 de marzo llega a Tomsk. Se relaciona con la familia del desterrado polaco Javier Kvitkowsky, a cuyas hijas de lecciones de francés. Se enamora de su encantadora alumna Antonia.

1858: Se casa con Antonia Kviatoswska. A la boda asiste el conde de Muraviev Amusky, gobernador de Siberia, que era primo suyo.

1859: Obtiene permiso de libre circulación por el oriente de Siberia. Fija su residencia ten Irkutsk. Recorre la región Transbaikaliana.

1860: Nuevos viajes por dicha región siberiana.

1861: Su primo deja de ser gobernador de Siberia, y le reemplaza el conde Iswolsky. El 19 de febrero se decreta la liberación de los

siervos: "de golpe veintidós millones de personas dejan de serlo". Acompaña a una delegación oficial a Nicolaievsk. El 17 de junio, mientras asiste al desposorio de un alto personaje, desaparece y emprende su memorable fuga. Se embarca a bordo del vapor Strelock, que remolcaba al navío estadounidense Vickers, rumbo a Casries, desde donde llega a la bahía japonesa de Hakodale. Luego, prosigue en el Vickers viaje hasta San Francisco. A bordo de un barco de pasajeros, llega más tarde a Nueva York, para finalmente arribar a Londres el 27 de diciembre.

1862: El 2 de febrero nace en la ciudad siberiana de Kranoyarski su hija Marusia (María), quien comiendo el tiempo llegaría a ser profesora de Química en la Universidad de Nápoles. En Londres conoce a Mazzini. Actúa con Herzen y Ogarev. Reanuda la amistad con Marx. Publica en ruso los folletos "A todos los amigos eslavos", y "La causa del pueblo ruso".

1863: En Italia se le reúnen Antonia y la pequeña Marusia. Visita a Garibaldi en Caprera. Viaja a París, Hamburgo, Copenhague, Estocolmo (donde en sueco publica "El zarismo y la joven Rusia"), Londres, Bruselas (donde en francés se publica su "Discurso en un banquete de la capital sueca), para finalmente regresar a Florencia. Aparece en

Ginebra su libro "Cuatro Discursos" en idioma francés.

1864: En Pryamuchino fallece su madre. Viaja de nuevo a Estocolmo, Bruselas, Londres (donde ve por última vez a Marx), y París (donde tiene lugar su última entrevista con Proudhon), "Proudhon —escribe— tiene verdadero instinto de revolucionario; adora la libertad y proclama la anarquía. Es muy posible que Marx se eleve teóricamente a un sistema de libertad mucho más racional; pero le falta el instinto de libertad, es un autoritario de pies a cabeza". En la capital francesa conoce a los hermanos Elias y Elíseo Reclús.

1865: Su doctrina anarquista adopta forma definitiva: "El Estado no es sólo fruto de la corrupción e los hombres que ejercen sus funciones; cabría decir más bien que la corrupción de estos hombres es consecuencia natural y necesaria de la institución del Estado". Este año no se mueve de Italia, viajando principalmente a Nápoles.

1866: Organiza el socialismo local en Nápoles. Funda la "Fraternidad universal". Colabora asiduamente en el periódico napolitano "Libertad y Justicia". Publica su "Programa de la revolución democrática y social italiana". También salen de la imprenta sus "Principios y Organización de la Sociedad Internacional Revolucionarla".

1867: Se publica en francés su hermoso libro "Federalismo, Socialismo y Antiteologismo". Se hace miembro en Berna de la "Liga de la Paz y la Libertad" 1, en cuyo congreso, celebrado en Ginebra, pronuncia sus famosos discursos. Actúa en los grupos revolucionarios de Clarens y Veviers.

1868: Nace en Clarens su hijo Carlos. En el segundo congreso de la Liga, que tiene lugar en Berna, dimite de la misma por sus tendencias autoritarias (junto al grupo italiano, Elíseo Reclús, Víctor Jaclard, etc.) y funda la "Alianza Internacional de la Democracia Socialista" "Actúa en la poderosa sección de la Internacional de Lyon, fundada por el obrero Perrachón, que se adhiere a las ideas de la Alianza. También en España se fundan varias secciones de la misma, inspiradas en las ideas de Bakunin. Publica su "Programa y Estatutos de la Alianza". Toma parte en la revolución lyonesa.

1869: Funda el periódico "La Obra Popular". Emprende gira de contencencias por diversos cantones suizos. En el Congreso Internacionalista de Basilea empiezan las primeras escaramuzas de la Alianza con la Internacional. En Suiza, Bakunin había ido a Suiza para asistir al primer Congreso de la Liga de la Paz, que se celebró en 1867 en Ginebra. Concurrieron a ese encuentro representantes del republicanismo democrático, aunque también hubo proudhonianos. Bakunin expuso

brillantemente sus ideas, pero no fueron adoptadas. Después de ese congreso fundó la "Alianza Internacional de la Democracia Socialista, con programa y estatutos públicos, pero también con una "Fraternidad", para agrupar a los más íntimos. En nombre de la Alianza sección de Ginebra, pidió el ingreso en la Asociación Internacional de los Trabajadores, pero el Consejo general de la misma, en manos de Marx y Engels, vio en esa entidad un instrumento para dominar la Internacional, y la guerra culminó en La Haya en 1872 con la expulsión de Bakunin y James Guillaume. Los principios y objetivos de la Alianza se difundieron en los países latinos: España, Italia, Francia, y también en Bélgica.

4. Sobre la historia de la Asociación Internacional de los Trabajadores, véase la Introducción, se publica su "Proyecto de una federación de las secciones latinas suizas"; en Lóele, su "Historia de la Burguesía y el origen del Patriotismo", y en Bruselas "Algunas palabras a los jóvenes hermanos de Rusia".

1870: El 15 de enero nace su querida hija Sofía, en el burgo suizo de Orselino. Hace varios viajes a Ginebra con fines revolucionarios. Viaja de nuevo a Lyon, donde resurge la revolución local. Al morir Alejandro Herzen, escribe un sentido tributo en el diario parisiense "La Marsellesa". Viaja de Marsella el 24 de octubre a Génova, para donde se embarca. Empieza a escribir el libro de donde

procede su famoso "Dios y el Estado". Se publican sus "Cartas a un francés sobre la crisis actual", su llamamiento "A los oficiales del ejército ruso", su folleto "A la Juventud" su ensayo, "Los osos de Berna y los osos de San Petersburgo", y su hermoso estudio "La Ciencia y la actual causa revolucionaria".

1871: Fallecimiento de su hermana Tatiana. Pronuncia sus tres célebres conferencias a los obreros del valle de Saint Imier, que traducidas a nuestro idioma aparecen en "El esclavo" de Tampa (Florida) con el título "Conferencias en del Jura". Viaja a Milán y Florencia, para trabajar activamente en el movimiento revolucionario. Refuta a Mazzini. En Ginebra se publica su libro "El imperio Knuto-Germánico y la Revolución social". El 26 de marzo, cuando la Comuna está en su auge, aparece el "Preámbulo para el libro Historia de la Comuna". En Bruselas publica su "Respuesta de un internacionalista a Mazzini".

1872: Viaja a Zurich, donde funda la "Alianza Internacional revolucionaria Asiste al congreso de la Internacional en Saint Imier. Escribe la continuación del libro "El Imperio Knuto-Germánico". Aparece "Un programa socialista polaco".

1873: Su proyectado viaje a Barcelona no puede realizarlo. En el verano va con su familia a vivir a la propiedad rural "La Baronata", cerca de la ciudad suiza de Locarno. En Zurich Se

publica su famoso libro "Gosudarstvennost Anarchija"¹ (Estatismo y anarquía). También en la misma ciudad aparece otro libro suyo: "La evolución histórica de la Internacional". Publica asimismo varios folletos.

1874: Actúa en el movimiento revolucionario italiana y toma parte en la revolución de Prati di Caprara. En julio deja con su familia "La Baronata". Escribe con James Guillaume el libro "La Anarquía según Proudhon", que se edita en Londres.

1875: Ahora su residencia definitiva es la ciudad de Lugano. Viaja por varias localidades suizas. En agosto, sintiéndose enfermo, cesa sus actividades: "Seguiré con ansiedad fraternal todos vuestros pasos y saludaré con felicidad cada uno de vuestros triunfos. Hasta la muerte seré de los vuestros".

5. En 1872, antes del congreso de las federaciones antiautoritarias de la Internacional en Sant Imier, fundó la "Alianza internacional revolucionaria", con programa similar al de 1866 en Nápoles y al de 1868 en Suiza, con su correspondiente núcleo secreto, "La Fraternidad". Esta vez con vistas también al mundo eslavo, a la difusión de las ideas revolucionarias en la Rusia de los zares, alentado por los planes y las intrigas de Netchaef. 1876: El 14 de junio viaja gravemente enfermo a Berna, donde muere el 19 de julio, "atendido por sus dos amigos alemanes de la juventud, el médico Vogt y el

músico Adolfo Reichl". En el entierro, que se realizó dos días más tarde, hablaron ante su tumba Elíseo Reclús y otras figuras relevantes del anarquismo. Falleció a los 62 años de edad.

1882: Con un prólogo conjunto de Elíseo Reclús y Carlos Cafiero se publica "Dios y el Estadio" (título escogido por Reclús), fragmento de "El imperio Knuto-Germánico".

1883: Los internacionalistas Argentinos de Córdoba sacan una nueva edición de su folleto "Una idea", en el cual se propagan las ideas doctrinarias de Bakunin.

1892: En la revista "El Derecho a la Vida", de Montevideo, se publican los recuerdos de Adolfo Reichel sobre Bakunin.

1895: El editor francés P. V. Stock, de París, aconsejado por Elíseo Reclús, emprende la magna tarea de publicar las "Obras Completas" de Bakunin. El primer tomo fue preparado por el Max Nettlau, y los cinco restantes por James Guillaume. Las ediciones luego publicadas en lengua alemana, española, italiana, búlgara, rusa, inglesa, etc., son generalmente traducciones de los originales franceses. (El último de los seis volúmenes apareció en 1913). Ensayo de Albert Richard en "La Revista de París" sobre Bakunin y la Internacional. Se publica en París el libro "Correspondencia de Miguel Bakunin"

(epistolario con Herzen y Ogarev). Max Nettlau imprime a mimeógrafo cincuenta ejemplares de su monumental obra "Una Biografía de Miguel Bakunin". "El Esclavo", de Tampa (Florida), publica sus "Cartas sobre el Patriotismo". La revista "Sociedad Nueva", de Bruselas, publica su inconcluso ensayo "Historia de mi vida".

La "Biblioteca Sociológica" de Barcelona publica la obra "La Anarquía" de Héctor Zoccoli, en cuatro tomitos. En el segundo se estudia a Bakunin. El "Suplemento mensual de La Protesta", nº 5, empieza a publicar el estudio de Max Nettlau, titulado "Apuntes biográficos de Miguel Bakunin".

El profesor A Korniloff publica en San Petersburgo el ensayo "La familia de Bakunin". El mismo profesor, compilando su correspondencia, publica en ruso "Los años de juventud de Miguel Bakunin".

Empiezan a publicarse en ruso las "Obras Escogidas de Bakunin", en una edición traducida por Vladimir Tcherkesoff y editada por la editorial libertaria Gotas Truda (La Voz del Trabajo). El último de los cinco tomos apareció en 1922.

Se publica en ruso la "Confesión de Bakunin". En alemán, editadas por la editorial "El Sindicalista", de Berlín, aparecen sus "Obras Completas". El último de los tres volúmenes fue publicado en 1924.

1922: Buen capítulo sobre Bakunin en el libro "Artistas y Rebeldes", de Rudolf Rocker, que en Buenos Aires es publicado por la Editorial "Argonauta". En el "Suplemento Semanal de la Protesta" (núms. 19/20), Max Nettlau publica "La Confesión de Bakunin al zar a la luz de la historia".

1923: Hermosa edición de "Dios y el Estado" en México, prologada por José C. Valadés. Nuevo trabajo de Max Nettlau en el "Suplemento Semanal de la Protesta" (nº 66), "Los comienzos del socialismo italiano y la actividad de Bakunin en Italia hasta 1867".

1924: S« empiezan a publicar en Buenos Aires las "Obras Completas" de Bakunin, especialmente traducidas por Diego Abad de Santillán y editadas por la Editorial "La Protesta". (El último de los cinco tomos fue publicado en 1929). Las mismas ediciones publican el folleto Miguel Bakunin de James Guillaume. En el "Suplemento Semanal de La Protesta" (núms. 138-142) se publica el magnífico esbozo biográfico de Max Nettlau titulado "Miguel Bakunin".

1925: El grupo cultural Ricardo Flores Magón, de México, edita en folleto el esbozo biográfico de Nettlau sobre Bakunin. Gran libro del mismo autor publica la Editorial "La Protesta", con el título "Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España". En ruso se publica

en Moscú el libro de M. Saschin "Recuerdos de los años 1860-90" que contiene mucho sobre Bakunin. También en Rusia se publica la "Biografía de Bakunin", por el profesor V. Polonsky.

1926: Cincuenta aniversario de la muerte da Bakunin En Berlín Max Nettlau publica el folleto "Nuestro Bakunin", y en el "Suplemento semanal de La Protesta" (nº 229), el mismo historiador ofrece «I notable estudio "La obra de Miguel Bakunin"; más tarde, en el nº 230, nos da su bibliografía "Escritos Principales de Bakunin". En la misma publicación (nº 234), un artículo de M. Saschin (A. roes) sobre la "Confesión de Bakunin", y otro de Errico Malatesta (nº 238). "Mi primer encuentro con Bakunin". Por su parte, Santillá, en su estudio "Bakunin" (nº 227), escribe sobre un proyecto para editar en cuatro tomos la "Vida de Bakunin".

1929: En italiano se publica el libro de N. Roselli titulado "Mazzini y Bakunin, Doce años de movimiento laboral en Italia, 1860-1872". En Ginebra se publica un libro editado por Luigui Bertoni titulado "Bakunin y la Internacional en Italia", sobresaliente pieza histórica de Max Nettlau, prologada por Malatesta. El "Suplemento de la Novela Ideal", de Barcelona, publica también, del mismo autor, el estudio "Bakunin y Garibaldi".

1929: En el "Suplemento Quincenal de La

Protesta" (núms. 287/298) se publica el prólogo de Malatesta al libro "Bakunin y la Internacional en Italia".

1930: En los "Cuadernos de Cultura", de Valencia, se publica el librito "La vida dramática de Miguel Bakunin", debida a la pluma de Juan C. de Luaces. En esta década aparece, la bella biografía de H. E. Kaminski (publicada por el mismo autor), "La Vida de un Revolucionario", que en francés sale en París.

1931; En Madrid, la Editorial "Zeus" publica el libro "La Vida de Miguel Bakunin", de Helena Iswolsky.

En París se publica la "Confesión". La prestigiosa "Orto", de Valencia, publica el folleto de Max Nettlau "Marx y Bakunin". En Moscú se publican las "Obras Escogidas" de Bakunin preparadas por Síeklov. El último de los cinco tomos apareció en 1935. En la revista "Esfuerzo" (ni 4), de Montevideo, aparece un notable trabajo no firmado (creemos saber que su autor fue Albano Rosell) sobre Bakunin.

Se inicia en España la publicación de sus "Obras Completas", editadas en Barcelona por la Editorial "Tierra y Libertad". (Aparecieron seis grandes volúmenes). El profesor E. H. Carr publica en Londres la biografía "Miguel Bakunin".

Se publica en Barcelona la segunda edición,

encuadrada en dos tomos, de la "Historia Universal del Proletariado" (de autor anónimo), en la cual los capítulos 26 y 27 del segundo tomo son referentes a Bakunin.

1940; Aparece en Glasgow (Escocia) el notable librito Bakunin por Guy A. Alfred. (Un apéndice del mismo fue publicado por la revista "*Reconstruir*" de Buenos Aires, nº 47, con el título "Marx y Bakunin".1941. 1943, 1944; Santiago de Chile, publica la Confesión" con el título "Mi Vida". Muere en Ginebra su hijo Carlos Bakunin. Conferencia de Rudolf Rocker en la Escuela Rand de Nueva York sobre Bakunin y su Tiempo.

En la primera parte del libro de Rudolf Rocker titulado "Max Nettlau, El Herodoto de la Anarquía", editado por "Estela", de México, los capítulos tercero, cuarto y quinto se refieren a Bakunin.

El 19 de febrero muere en Nápoles su hija Sofía.

En la monografía de Casimiro Marti sobre los "Orígenes del anarquismo -en Barcelona", publicada por la universidad de esta ciudad, los capítulos segundo y tercero tratan de Bakunin. Muere en Nápoles, casi centenaria, su hija Marusia. La universidad de Chicago publica la obra "Bakunin", 'especialmente preparada por el libertario ruso Maximoff. La revista "Cénit", de Toulouse, Francia (nº 111) publica una carta de

Mariusia, con el título "Una carta de la hija de Miguel Bakunin". Cuidada edición francesa de la obra "Dios y el Estado", publicada por Louis Louvet en "Contra Corriente", de París. La profesora N. S. Prosova publica en la facultad de Derecho de Moscú un libro bastante objetivo sobre "Marxismo y Anarquismo" cuyo tercer capítulo versa sobre Bakunin. En la revista londinense "Anarchy" (nº 22), Maurice Cranston publica su "Diálogo imaginario entre Marx y Bakunin", posteriormente publicado en nuestro idioma por "Umbral", de París.

Capítulo sobre Bakunin en el libro! "Anarchism" de George Woodcock, editado en Londres. En la antología libertaria de Daniel Guerín titulada "Ni Dios ni Amo", que en francés se publica en París, hay un capítulo sobre Bakunin. Otro libro antológico de Françoise Muñoz se publica en París con el título "Bakunin o la Libertad".

1966: Hem Day publica en Bruselas "Miguel Bakunin, Aspectos de su Obra", y aparte el folleto "Bibliografía de Miguel Bakunin" (primera parte). En el boletín nº 12 de la CIRA (Centro Internacional de Estudios sobre el Anarquismo), con sede en Lausana (Suiza), se incluye el trabajo "Bibliografía Cronológica de Miguel Bakunin", a cargo del grupo "Negro y Rojo" de París. En este ensayo se nos hace saber que están en curso de publicación las "Obras Completas" de Bakunin en Holanda e

Italia. En el primer país, preparadas por el profesor Arthur Lehning, hoy la persona más versada sobre Bakunin; edición auspiciada por el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam y que se publica en francés.

1967: El semanario bilingüe (franco-español) "El Combate Sindicalista", que se publica en París, sale siempre con este recuadro al lado del título: "Mientras no exista la igualdad económica y social, la igualdad política será una mentira. Bakunin". El joven historiador francés Michel Chomarat dedica completamente a Bakunin el nº 2 de su revista "Documentos Anarquistas", que se publica en Lyon. Los Cuadernos del M. L. publican en Milán el libro "Estatismo y Anarquía", traducción italiana del quinto volumen de las "Obras Completas" editadas por "La Protesta", de Buenos Aires.

1968: Se propaga en Francia un movimiento renovador encabezado por la juventud, que cuestiona los principios en que se basa el sistema político social del capitalismo y la llamada "sociedad de consumo", proclamando formas de convivencia y medios de acción que encuentran su fundamento, entre otros, en principios libertarios inspirados directamente por Bakunin. La agitación es sofocada, pero la Rebelión estudiantil se extiende por casi todo el mundo. En Checoslovaquia, se intenta un régimen socialista liberal, reconociendo las libertades políticas, de expresión, culturales, de traslado, etc., como

medio propicio por construir el socialismo, en contradicción con el autoritarismo imperante en los países del bloque soviético. La invasión militar de la URSS y sus aliados impide continuar esta experiencia.

Notas:

1.La "Fraternidad Universal", con su programa y estatutos, resumió el pensamiento revolucionario de Bakunin durante su permanencia en Nápoles en 1866; en ella quería agrupar a los hombres más afines y de mayor confianza. En realidad, se trataba de dos asociaciones, una pública que hizo conocer en "Giustiziae Liberta", y otra más íntima, secreta, para los iniciados de absoluta confianza.

2.La "Liga de la Paz y de la Libertad" se fundó en el Congreso de la Paz de 1867; Bakunin se hizo miembro de ella, y asistió al segundo congreso en Berna en 1868, donde tuvo una brillante actuación, sin eco positivo en los asistentes, entre los cuales figuraban Giuseppe Garibaldi, Emilio Castelar y otras personalidades famosas; masones, librepensadores, republicanos y demócratas. Bakunin acabó por romper con la Liga y se consagró a la "Alianza de la democracia Socialista".

MARX FRENTE A BAKUNIN

Edward Halleth Carr

La tregua impuesta por la guerra franco-prusiana a la lucha entre marxistas y bakuninistas en el seno de la Internacional duró más de seis meses. En marzo de 1871 se reanudaron las hostilidades en Ginebra. Habiendo conseguido expulsar a Bakunin y a sus amigos de la sección central ginebrina, Utin se propuso excluirlos totalmente de la Internacional, apoyándose en que la sección ginebrina, de la Alianza no había sido formalmente reconocida por el Consejo general. Mientras la cuestión era objeto de estudio en Londres, Ginebra ardía en una polémica encarnizada. El Consejo general, reacio a apoyar a la Alianza, pero a la vez imposibilitado para desestimar sus credenciales, dejó transcurrir tres meses antes de confirmarlas oficialmente, y esta demora corroboró la sospecha de Bakunin, basada en pruebas más que suficientes, de que el expediente lo había dictado Marx. El problema total de la Alianza ya no podía ser eludido por mucho más tiempo. Pero el Consejo general consideró que la situación en Europa no era todavía lo suficientemente estable para permitir la celebración de un congreso público de la Internacional, y, en su lugar, convocó una conferencia privada para el mes de septiembre en Londres. ¹

Desde su retiro de Locarno, Bakunin comprendió que el momento crítico se acercaba.

Una formidable tormenta —escribió en los primeros días de agosto "a los miembros de la Alianza"—, fraguada desde mucho tiempo atrás por nuestros ruines enemigos de Ginebra, de acuerdo con los comunistas autoritarios de Alemania, amenaza con estallar no sólo sobre la Alianza, sino sobre toda la Federación del Jura. Su objetivo no es otro que excluir «Federación, única organización que representa el verdadero espíritu e la Internacional en Suiza, de la comunidad internacional de trabajadores.

En julio de 1871 empezó a escribir un extenso bosquejo histórico de la Alianza, pero ese trabajo estaba concebido para abarcar tantos temas, que cuando interrumpió la obra en la página 141, todavía estaba en la introducción y casi no había nombrado todavía a la Alianza. Al poco tiempo empezó otro Informe sobre la Alianza, en el que llegó hasta el Congreso de Basilea, pero también quedó inédito y sin terminar, porque mientras estaba embebido en su redacción ocurrió un incidente que puso de manifiesto lo endeble del espíritu de la Alianza de Ginebra y lo precario de su situación, una vez que se vio sin el estímulo de la presencia de su fundador.²

Hacía casi dos años que Bakunin vivía en Locarno y un año de su última visita a Ginebra. La Alianza había degenerado en un minúsculo grupo, descorazonado y sin perspectivas, dirigido por el anodino Zhukovski. Ese grupito

no tenía el menor deseo de luchar, y la noticia de la inminente Conferencia de Londres, que había despertado el espíritu guerrero de Bakunin, le dejó sencillamente, aterrado. Esos pusilánimes revolucionarios se reunieron el 6 de agosto de 1871 a la chita callando, y decidieron que, para ahorrarse disgustos, lo mejor era disolver la Alianza. Bakunin, que se había enterado indirectamente -del propósito y les había escrito aquel mismo día protestando contra semejante insensatez, se puso furioso al encontrarse ante el hecho consumado. La cólera de Bakunin resultó más eficaz que los temores inspirados por el Consejo general. Los «delincuentes», después de agenciarse la cooperación de unos cuantos refugiados franceses, se reunieron de nuevo y se reorganizaron en una sección a la que denominaron «Sección para la propaganda y la acción social revolucionaria». Esta maniobra tenía todos los inconvenientes y todas las desventajas posibles. Era muy poco probable que la simple desaparición del nombre de la Alianza favoreciese a los marxistas, y, por otra parte, la nueva sección carecía del reconocimiento del Consejo general oficial que su predecesora había conseguido.³

Así, cuando a mediados de septiembre de 1871 se reunió la Conferencia de Londres, no se podía dudar de que los marxistas hubieran preparado muy bien las cosas. Utin y otro enemigo jurado de Bakunin llevaban la representación de Ginebra. Las secciones del Jura, habiéndose negado a

plegarse a la decisión del Consejo general de renunciar al título de Federación Romanche, no fueron invitadas a la Conferencia, y expusieron su caso por carta. La Conferencia, bajo la firme dirección de Marx y Engels, se entregó con ardor a la lucha contra los bakuninistas. En ella se reafirmó el principio de tomar parte en todas aquellas actividades políticas susceptibles de dar auge a la causa de la revolución; se prohibió a las secciones o agrupaciones «el adoptar nombres sectarios... y el formar entidades divisorias con el nombre de secciones de propaganda' y que pretendan llevar a cabo misiones distintas de los fines comunes de la Asociación»; se confirmó la decisión del Consejo general sobre el reconocimiento de la minoría *de* La Chaux-de-Fonds y su comité de Ginebra como legítima Federación romanche, intimándose al comité de la mayoría que si quería ser reconocido por el Consejo general tomase el nombre de «Federación Jurásica», y, finalmente, se instruyó al Consejo general para que desautorizase las actividades de Nechaev y preparase un informe sobre este asunto. La ejecución de este último acuerdo se confió al siempre dispuesto y competente Utin. La intención de desacreditar a Bakunin era manifiesta, puesto que antes de ahora la Internacional no había demostrado el menor interés por la persona de Nechaev.⁴

Los bakuninistas no perdieron tiempo en contestar a las maniobras que la conferencia

de Londres había realizado contra ellos. En noviembre de 1871 organizaron un congreso en Sonvillier, localidad del Jura. Bakunin no hizo acto de presencia en el mismo, y los que llevaron la voz cantante fueron, además de Guillaume, dos relojeros del Jura, Spichiger y Schwitzguébel. La recién fundada «Sección de Propaganda» de Ginebra envió dos delegados: Zhukovski y Jules Guesde, refugiado francés que luego había de ser una figura destacada en el movimiento socialista de Francia. El resto de los delegados procedían del Jura. El primer acto del congreso fue acatar la decisión del Consejo general, a fin de quitarle todo pretexto de exclusión de nuevos miembros en futuras reuniones de la Internacional. El congreso decidió abandonar el título de Federación romanche, causa de tantos quebraderos de cabeza, y adoptó el de Federación Jurásica, pero se negó a reconocer la conferencia de Londres como órgano legalmente constituido de la Internacional, y denunció como abusivos los poderes autocráticos ejercidos por el Consejo general. Eligió, un comité federal, pero este comité, de acuerdo con los principios que se acababan de proclamar, no tenía que ejercer más funciones que las propias de una oficina central para las cuestiones de trámite.

La tarea principal del congreso era redactar un documento que se hizo célebre en la historia de la Internacional como la *Circular de Sonvillier*. En esa circular, que fue impresa y distribuida a

todas las secciones de la Internacional en Francia, Bélgica, España e Italia, los bakuninistas exigían la inmediata convocatoria de un Congreso ordinario de la Internacional y se lanzaban oficialmente al ataque a la autocracia del Consejo general.

Si existe un hecho innegable, decía la Circular, mil veces demostrado por la práctica diaria, es el efecto corruptor que la autoridad produce en los que la ejercen... La función de los miembros del Consejo general ha llegado al extremo de que se considere como una propiedad particular de algunos individuos..., quienes han llegado a creer que son miembros de una especie de gobierno. Es lógico, pues, que tomen sus ideas particulares por ideas oficiales y crean que pertenecen a una doctrina autorizada por la Asociación, y al mismo tiempo las ideas opuestas expresadas por otros grupos no son para ellos, la legítima expresión de una opinión tan válida como la suya, llegando al extremo de considerarlas como verdaderas herejías.

La solución, de conformidad con la misma Circular, era despojar de sus poderes dictatoriales al Consejo general y reducir sus funciones —a imagen del comité federal de la Federación Jurásica— a las de «una simple oficina al cuidado de la correspondencia y de la estadística». ⁵

Era evidente que, ante la insistente exigencia de

los bakuninistas, ya no era posible aplazar por más tiempo la celebración de un nuevo congreso. Desde el mes de septiembre de 1869 no se había reunido ningún congreso general de la Internacional. En 1870, la guerra franco-prusiana había impedido cualquier acto de esta naturaleza, y en 1871 el esperado congreso se había sustituido por la conferencia de Londres. El pleno del congreso tenía que reunirse, pues, en el mes de septiembre de 1872, y en esta reunión el objeto en disputa entre los marxistas y los bakuninistas tenía que ser debatido hasta el fin. Mientras llegaba ese día, los dos bandos se dedicaron con tesón a afilar sus armas. En mayo, y como contramina a la *Circular de Sonvillier*, el Consejo general publicó un folleto titulado *Les Prétendues Scissions dans internationale*. El folleto se debía a la pluma de Marx y estaba redactado en su mejor estilo polémico. Bakunin repuso que «la espada de Damocles que nos amenazaba» ha resultado ser «no una espada, sino el arma habitual de Marx: un montón de basura», y vio en el folleto en cuestión una prueba más de «la desastrosa dominación que Marx ejercía sobre el Consejo general». Por el bando bakuninista, Guillaume escribió una monumental *Mémoire de la Fédération, Jurassienne*, de la que sólo la primera sección estuvo lista en el mes de septiembre siguiente.⁶

Con todo, los dos bandos concedieron más importancia a la busca y captura de votos para el próximo congreso que a aquellos agresivos folletos

oficiales. *La Circular de Sonvillier* fue recibida con simpatía no sólo en Italia y España, sino también en Bélgica. Marx solicitó los votos de las humildes y retiradas secciones de la Internacional en Alemania y en Estados Unidos, y recabó mandatos en blanco de las por una u otra razón no podían enviar delegados, con el objeto de distribuir luego esos mandatos entre sus más seguros partidarios. Sin embargo, Marx no lo fiaba todo al número. Su interés no consistía solamente en ganar por mayoría de votos; su primer objetivo era desacreditar a su rival. La causa contra Bakunin se fundaba principalmente en dos pruebas; pruebas que había logrado después de incansables pesquisas.

En España fue donde Marx consiguió su mayor éxito. Tenía razón al sospechar, desde mucho tiempo atrás, la existencia en el seno de la Internacional de una Alianza secreta fundada por Bakunin, como sabía también que, de existir esa organización, su grueso había de estar forzosamente en España. Una de las hijas de Marx estaba casada con Pablo Lafargue, criollo francés nacido en Cuba. Lafargue hablaba corrientemente el castellano y podía pasar por español. A finales de 1871 Marx lo mandó a España con objeto de explorar el terreno y contrarrestar la campaña que Bakunin estaba desarrollando en ese país. Lafargue, que había dado a su apellido una fonética española, apareciendo como Pablo Farga, obtuvo un gran

éxito en su misión. Fundó una agrupación marxista de la Internacional en Madrid, que le eligió como delegado para el próximo congreso, y consiguió, además, no sólo copia, de los estatutos de la Alianza secreta española, sino también de una carta conteniendo instrucciones enviadas por Bakunin a uno de sus seguidores españoles. Estos documentos bastaron para convencer a Marx de que sus sospechas eran fundadas y de que podía probar perfectamente su acusación contra Bakunin. En julio de 1872, al regresar Lafargue de España, el Consejo general convocó el congreso para el día 2 de septiembre próximo en La Haya.⁷

Aparte de los documentos españoles obtenidos por Lafargue, Marx tenía otra arma en su arsenal. La historia de la carta con que Nechaev amenazó a Liubavin y que terminó con las tentativas de Bakunin de traducir al ruso *El Capital*, había circulado entre la colonia rusa de Suiza, y Utin debió, en una u otra ocasión, de contársela a Marx, por lo que, al acercarse el momento decisivo, Marx se dijo que si podía conseguir esa carta, supondría un triunfo más en el juego contra Bakunin, cuya complicidad en su envío se podía razonablemente presumir. Marx sólo tenía un corresponsal en Paisia, un estudiante de Economía llamado Danielson. Hacia mediados de agosto de 1872 escribió a Danielson rogándole que le pidiera prestada a Liubavin la carta acusadora. La tentativa era ciertamente aventurada. Pero consiguió su objetivo. Liubavin,

que no había olvidado el «caballeroso» comportamiento de Bakunin, envió la carta solicitada, y Marx emprendió el camino de La Haya con el comprometedor papel en el bolsillo, más confiado que nunca en que tenía bien cogido a su rival.⁸ Tal como se desarrollaron los acontecimientos, los bakuninistas sufrieron menos daño por las maniobras y los recursos de los marxistas que por el error cometido en sus propias filas. A principios de agosto de 1872 veinte secciones italianas de la Internacional celebraron en Rimini un congreso con objeto de fundar una federación italiana. Los italianos eran antimarxistas en su totalidad, y dirigieron un cálido mensaje de saludo a Bakunin, en el que a la vez denunciaban la tiranía del Consejo general en términos tales que tenían que sonar a música en los oídos de Bakunin. Hasta aquí todo parecía ir perfectamente bien. Pero, por desgracia para Bakunin, aquellos exaltados italianos se dejaron arrastrar por la lógica de su propia elocuencia. En vez de adoptar la decisión de apoyar a los demás bakuninistas en el Congreso de La Haya, en un intento de desposeer al Consejo general de sus poderes autocráticos, decidieron romper *ipso facto* sus relaciones con el Consejo, se negaron a enviar delegados a La Haya y votaron a favor de la fundación de una nueva Internacional antimarxista en Suiza con la colaboración de la Federación Jurásica. Esta prematura decisión puso en un grave aprieto a los bakuninistas, pues no sólo les impidió la formación de un sólido

bloque de votos para el próximo congreso, sino que facilitó la acusación favorita de los marxistas de que Bakunin intentaba no sólo reformar, sino destruir la Internacional. ⁹

El día 2 de septiembre de 1872 se reunió, como estaba anunciado, el Congreso de La Haya, en un edificio conocido por el nombre de... *Sala de la Concordia*. Bakunin no disponía de medios económicos suficientes, o estaba enfermo, para emprender el viaje a La Haya. Pero Marx y Engels estuvieron presentes. Ésta fue la primera y la última vez que asistieron a un congreso de la Internacional: indudable tributo a la importancia que tenía. La primera tarea del Congreso fue la comprobación de las credenciales de los delegados, y ese cometido, confiado a una comisión especial, resultó tan trabajoso y polémico que duró tres días. El reglamento concerniente a la representación en los congresos era necesariamente vago y elástico. Las condiciones eran distintas en los diferentes países, hasta el extremo de que en algunos, especialmente en Francia y en Alemania, las leyes prohibían el funcionamiento de las secciones de la Internacional. De los sesenta y seis delegados que se presentaron en La Haya, sesenta y cuatro fueron admitidos. Procedían esos delegados de todos los países importantes de Europa, exceptuando Italia y Rusia (Utin había marchado de Ginebra y abandonado la causa). Cuatro eran de Estados Unidos y uno de Australia. Cuarenta de ellos, incluida la totalidad de los alemanes y el bastante dudoso contingente

francés, eran marxistas probados. Por consiguiente, el Consejo general tenía asegurada la mayoría. De los restantes, sólo los dos delegados del Jura, Guillaume y Schwitzguébel, y cuatro españoles eran, propiamente hablando, bakuninistas. Los demás miembros de la minoría, incluyendo ingleses, belgas y holandeses, no tenían mayor interés por la personalidad o por la doctrina de Bakunin. Lo único que tenía de común con los bakuninistas era su postura opositora a la autocracia de Marx. Zhukovski, que había ido en representación de la «Sección para la Propaganda» de Ginebra, fue uno de los dos delegados rechazados.

Con todo y tener asegurada una fuerte mayoría en el Congreso, la situación de Marx no era tranquilizadora del todo. En Italia y en España el movimiento revolucionario estaba totalmente dominado por los bakuninistas. En Suiza, la Federación Jurásica estaba en abierta rebeldía, y desde la defección de Utin, los marxistas habían perdido su espíritu de lucha. En el transcurso, de los últimos doce meses, la oposición se había propagado a Bélgica, a Holanda y hasta a Inglaterra, sede del propio Consejo general. Así, pues, las cosas, la supremacía de Marx era cada día más precaria. La situación política de Francia y la de Alemania impedían el traslado de la sede del Consejo general a esos países. En todos los demás de Europa donde la Internacional había arraigado, la influencia de los bakuninistas

iba en aumento. La decisión de Marx fue rápida e imprevista. El Congreso parecía continuar con toda normalidad sus tareas. Se había nombrado una comisión compuesta de cinco miembros para investigar las pretendidas maquinaciones de la Alianza contra la Internacional. Se reiteró la importancia de la acción política por parte del proletariado. Se rechazó por amplia mayoría la proposición de los bakuninistas para convertir el Consejo general en una «oficina central para la correspondencia y la estadística», y confiriéndosele aún más amplios poderes disciplinarios que los que antes poseía para enfrentarse con las secciones recalcitrantes. Y luego, en el penúltimo día del Congreso, Marx presentó de golpe su sorpresa. Propuso el traslado del Consejo general a Nueva York. La propuesta produjo gran confusión. Lo mismo en las filas marxistas que en las antimarxistas. Después de mucho forcejear, la propuesta fue aprobada por una escasa mayoría. Los seis bakuninistas se abstuvieron de votar. En realidad, ellos nada tenían que ganar ni que perder con la decisión adoptada. Marx había sacrificado la Internacional. Pero la había librado de ellos. En Estados Unidos el peligro bakuninista quedaría bastante alejado, y el Consejo, aunque con menos potencialidad, conservaría por lo menos su ortodoxia.¹⁰

Todavía quedaba un punto por debatir: la acusación contra la Alianza. La comisión, compuesta por un alemán, tres franceses y un belga, se esforzó por llevar a cabo su cometido con

imparcialidad. Escuchó a Engels, quien le hizo entrega de los documentos recibidos de España, como también a varios otros miembros del Consejo general, y recibió del otro bando las exposiciones de Guillaume, Schwitzguébel, Zhukovski y de los cuatro españoles. Las pruebas eran contradictorias y en extremo confusas. Engels alegó, apoyándose en su documentación, que Bakunin había fundado una Alianza secreta cuyos principios estaban en abierta oposición con los de la Internacional, y que la Alianza había proseguido en sus actividades ilegales, no ya sólo y únicamente después de la disolución de la Alianza pública, sino hasta aquellos mismos momentos. Guillaume negó que tuviese el menor conocimiento de la existencia de ninguna Alianza secreta. Los españoles reconocieron que, en efecto, había existido una Alianza secreta, pero declararon que no pertenecían a ella desde hacía mucho tiempo.

Este problema era tan arduo que habría desconcertado incluso a quienes hubieran tenido un mejor conocimiento de las leyes procesales y más dotes de penetración en la psicología de Bakunin que los que tenían los miembros de la comisión de La Haya. Y esto explica que el informe presentado al Congreso por esa comisión, con el disentimiento de su miembro belga, fuera una mezcla de ingenuidad y de incongruencias. Sus dos primeros resultados equivalían a un veredicto de hechos no

probados. En ellos se declaraba en primer lugar que había existido una Alianza secreta cuyos estatutos eran completamente opuestos a los de la Internacional, y, en segundo lugar, que Bakunin había intentado fundar, y quizá lo había logrado, una sociedad llamada la Alianza dotada de estatutos diferentes de los de la Internacional. Tales conclusiones eran defectuosas y débiles, pero eran el mejor partido que la comisión pudo sacar de los documentos conseguidos por Lafargue y de la declaración de los españoles en el sentido de que ellos ya no eran miembros de ninguna organización secreta. El tercer resultado era de índole diferente. Parece que fue más allá de los términos de los extremos consultados por la comisión, toda vez que nada tenía que ver con las acusaciones relativas a la Alianza. Pero, por lo menos, era explícito y categórico. En él se declaraba que «Bakunin se había valido de medios fraudulentos en su intento de apropiarse de toda o de parte de la fortuna de otra persona —«lo cual constituye un delito de fraude»—, y, además de esto, y con el fin de eludir el cumplimiento de su compromiso, había recurrido, por sí o por medio de sus agentes, a las amenazas». No se facilitaba ninguna clase de detalles, pero estaba bien claro que la alusión se refería a la carta de Nechaev. Sobre la base de estas conclusiones, la comisión recomendaba (pese a que sus puntos de consulta sólo la autorizaban a informar sobre los hechos y no a recomendar ninguna clase de acción) la expulsión de Bakunin de las filas de la Internacional, como igualmente recomendaba la

expulsión de Guillaume y de Schwitzguébel, basándose en que «éstos todavía pertenecían a la sociedad llamada la Alianza», sociedad de cuya existencia en aquellos momentos no había «pruebas suficientes». También se recomendaba el indulto de los españoles.

Debido a una feliz casualidad, no nos resulta difícil desenredar la enmarañada madeja de ese asombroso documento. Lo mismo Guillaume que Marx nos han legado documentos dignos de crédito y que se confirman mutuamente. La comisión, que fue nombrada un miércoles por la noche, presentó su informe al Congreso en la noche del sábado. En la tarde de ese sábado, después de oír a todo los acusados y también a varios miembros del Consejo general, incluido Engels, Guillaume se reunió con los tres miembros de la comisión que finalmente habían suscrito el informe (de los cinco, uno se había retirado y otro había manifestado su disenso) y les dijo que no habían conseguido «ningún resultado concluyente». Entre esa hora y la de la presentación aquella misma noche del informe, la comisión escuchó la exposición del último testigo, Carlos Marx. Tres meses después, Marx escribió a Danielson diciéndole que había leído a la comisión, «bajo promesa del más absoluto sigilo y sin mencionar el nombre del destinatario», la carta de Nechaev a Liubavin, y que «dicha carta había surtido su efecto». Esa confesión es verdaderamente significativa. Marx había guardado su triunfo —

aquella carta condenatoria— para la jugada final. Seguramente que habría preferido que Bakunin fuese condenado por motivos políticos. Habría preferido, de acuerdo con su táctica habitual, permanecer en la sombra y no aparecer personalmente ante la comisión. Pero en aquella tarde trascendental del sábado debió de saber, igual que Guillaume, que la comisión no había conseguido «ningún resultado concluyente», y ante la posibilidad de que su rival se le zafase, decidió jugar su triunfo y echar su peso personal en la balanza.

Esas consideraciones nos facilitan el análisis del famoso informe. Las dos primeras conclusiones fueron probablemente redactadas antes de que la comisión oyese a Marx; su tono indica la falta de resultados concluyentes de que hablaron sus miembros a Guillaume aquel sábado por la tarde. La tercera conclusión, que entrañaba la acusación por fraude y amenazas, fue indudablemente sugerida por Marx. La recomendación para la expulsión de Bakunin que resulta de la tercera conclusión, así como las recomendaciones para la expulsión de Guillaume y de Schwitzguébel por motivos que contradicen la primera de las conclusiones, tienen que haber sido decididas como resultado de la entrevista con Marx. El carácter o estilo mixto del documento en cuestión claramente lo revela. Las dos primeras conclusiones son obra exclusiva de la comisión; el resto del informe es, sustancial obra de Marx. Y la comisión, debido a la prisa, no tuvo tiempo, y

quizá tampoco suficiente inteligencia, para ajustar las dos por el mismo estilo de redacción. Tampoco esto era una cuestión de mucha importancia. En seguida de recibir el informe, el Congreso se dio prisa en votar, por una gran mayoría, la expulsión de Bakunin y de Guillaume de la Internacional, la cual se dio por satisfecha con esas dos ejecuciones; la moción para la expulsión de Schwitzguébel fue derrotada por un escaso margen. Acto seguido el Congreso —el último acontecimiento importante en la historia de la Primera Internacional— fue clausurado.

Miguel Bakunin y Carlos Marx fueron los dos protagonistas rivales alrededor de cuyos nombres y doctrinas se agrupó el movimiento revolucionario de la segunda mitad del siglo diecinueve. Su formación, como su evolución, estuvo sujeta a las mismas influencias. Y en ambos casos, quien echó los cimientos fue Hegel. El uno y el otro concibieron la revolución como el producto de la antítesis hegeliana entre lo positivo y lo negativo, entre lo conservador y lo progresivo, y los dos creyeron que por medio de la destrucción de lo primero por lo segundo, iba a nacer la síntesis de un nuevo orden. En este sentido, Marx pudiera haber suscrito perfectamente el aforismo de Bakunin: «La pasión por la destrucción es

también una pasión creadora.» Las exigencias políticas de su tiempo (y quizá también sus respectivos temperamentos) les movieron a colocar la destrucción en la cabecera de sus programas.

Sin embargo, a partir de este punto ya empiezan sus divergencias en cuanto a la interpretación de Hegel. Marx, que había recorrido el mismo camino de los Jóvenes Hegelianos, se convirtió en un consecuente materialista y descubrió el motor del progreso en la lucha y en la contradicción de los intereses económicos de las clases sociales en presencia. Bakunin, en su famoso artículo *La reacción en Alemania* señala a Strauss y a Feuerbach como sus maestros. Pero en el mismo artículo define la historia, en el más puro estilo hegeliano, como él «desarrollo, franco e inevitable, de un espíritu libre». Fundamentalmente, siguió siendo siempre un idealista hegeliano, y en los aspectos en que fue más allá de Hegel, estuvo menos sujeto a la influencia de los Jóvenes Hegelianos que a la de Max Stirner, el extremado idealista e individualista acérrimo. La libertad absoluta que predicó Bakunin era de signo totalmente diferente, no sólo de la libertad de Marx (que implicaba la libertad de una clase enfrentada con otras clases; no la de los individuos de aquella clase enfrentados unos contra otros), sino también de la libertad de los liberales occidentales (que suponían la libertad para la

burguesía, cuidadosamente condicionada en el sentido de la clásica exposición de Mill). La concepción bakuninista de la liponía la conclusión lógica de la doctrina romántica; conclusión para Bakunin, en teoría, era el más fanático de los defensores de la libertad y el individualista más consumado de cuantos en el mundo han sido.¹² extremo y que hallaba su natural desembocadura en la fe en sí mismo perfectamente ajustada a un temperamento que no retrocedía ante ningún libertad (error en el original) era, en último análisis, el individualismo más extremado.

El individualismo permanece como la esencia del sistema social y político —así como la de su oposición a Marx— de Bakunin. Su pensamiento no es consecuente a carta cabal, ni aun en los años posteriores al 1867, en los que no experimentó ningún cambio sustancial. En uno de los pasajes de sus escritos rechaza el libre albedrío y declara que el vicio y la virtud son «el producto absoluto de la acción combinada de la naturaleza y de la Sociedad», En términos generales, acepta la hipótesis de Rousseau de que el hombre, cuando no está pervertido por la autoridad social o política, por su condición ingénita es virtuoso. Cuanto más primario es el estado del hombre, más cerca está de ese ideal. En el mundo moderno, los valores humanos más

primitivos son el proletariado y el campesinado. Estos «elementos bárbaros y fuertes» están destinados a ser los salvadores de la sociedad, y no deja de ser significativo que él fundase sus más caras esperanzas en los individuos europeos menos civilizados pertenecientes a la segunda clase: los campesinos rusos. Como Marx, Bakunin creía que la revolución tenía que conseguirse por la violencia. Pero mientras Marx creía en la revolución organizada y encabezada por el proletariado, entrenado y disciplinado en el espíritu de clase, Bakunin tenía puesta su fe en una rebelión campesina o en el levantamiento espontáneo de las turbas ciudadanas enfurecidas.

Bien, entonces salvad a Francia por la anarquía — escribió Bakunin en el otoño de 1870—. Desencadenad la anarquía popular en el campo y en la ciudad, incrementadla hasta que rueda cual furiosa avalancha, devorando y destruyendo... a sus enemigos lo mismo que a los prusianos.

Se complacía en hablar de «esas malas pasiones, esas pasiones socialistas», y (particularmente en los tiempos de su asociación con Nechaev) de que el fin justifica los medios. Pero si él necesitaba, justificación, podía lógicamente hallarla en la idea de que, puesto que la destrucción es también creación, las «malas pasiones» son,

en su esencia, también buenas. Su meta era, dicho con las palabras de un "observador, la de despertar el furor elemental». Y, sin embargo, él era el más bondadoso y apacible de los hombres, y hasta en algunas ocasiones era capaz del supremo desprendimiento, hasta el autosacrificio. Los revolucionarios, le afirmó un día a Postnikov, «no desean el derramamiento de sangre, y si hablan de ello en letra impresa es sólo con la intención de asustar a la monarquía y obligarla a hacer concesiones». ¹³

Su hostilidad contra el Estado arranca directamente de su creencia en la naturaleza humana individual. «Todo ejercicio de autoridad pervierte, y toda sumisión a la autoridad humilla», decía. Consideraba el Estado como la «más flagrante, la más cínica y la más completa negación de la humanidad», a causa de que «todo Estado, como toda teología, supone al hombre fundamentalmente malo y perverso». Era precisamente a base de su individualismo que él se oponía al comunismo de Marx. Carlos Marx, teóricamente, afirma que desde un momento determinado, es decir, a medida que vayan desapareciendo las clases antagónicas irán también desapareciendo gradualmente el Estado, hasta su total extinción por muerte natural. Pero Bakunin tenía razón al entender que la abolición del Estado no era un punto fundamental del sistema de Marx. Marx quería apoderarse de

la máquina del Estado (para transformarla en instrumento al servicio de la clase trabajadora), pero no destruirla. La política de Marx era la «liberación desde arriba», o sea a través del Estado. Bakunin sostenía que la verdadera, y única, liberación tenía que venir «desde abajo», a través del individuo. Bakunin buscaba la libertad en la destrucción y en la desintegración, lo que, para la ordenada y metódica mente de Marx, no dejaba de ser una tremenda locura. Marx la buscaba, en cambio, en la disciplina y en la integración, lo cual, para Bakunin, no suponía libertad en absoluto. La libertad, según Bakunin, no podía ser de ninguna manera traída por la «suprema acción protectora del Estado». ¹⁴

El obligado corolario del repudio, ciento por ciento, del Estado por Bakunin fue la reprobación de la acción política como medio de promover la revolución. El fracaso de 1848 le había llevado al convencimiento de que la revolución tenía que ser social, no política. Tanto los marxistas como los bakuninistas querían fundar un orden nuevo, pero diferían fundamentalmente acerca de los medios para conseguirlo.

Los comunistas —escribió Bakunin en sus últimos años— se imaginan que «su orden» puede conseguirse mediante el desarrollo y la organización del poder político en manos de la clase trabajadora y, particularmente, del proletariado industrial... Los socialistas revolucionarios creen, por otro lado, que tal

objetivo sólo se puede alcanzar a través de desarrollo y la organización del poder social, no político, y, por consiguiente, antipolítico, de las masas trabajadoras de la ciudad y campo.

A decir verdad, no tenía, desde luego, nada de ilógico el servirse de los medios políticos para destruir las instituciones políticas, y en esto, como en todo lo demás, Bakunin no era del todo consecuente. En 1868 escribió, para determinado periódico francés, una carta en la que censuraba a los socialistas franceses por abstenerse de actuar en política, lo cual podía, a su juicio, interpretarse como una cobardía política, y, por otro lado, varios de sus más íntimos partidarios italianos, Incluidos Gambuzzi y Fanelli, fueron miembros del Parlamento de su país. Con todo, en la práctica como en su más íntimo pensar, Bakunin no titubeó jamás. Creía, juntamente con Proudhon, que todos los sistemas de gobierno eran malos, y que debían ser boicoteados hasta que llegase el día en que pudieran destruirse. Desde 1848, la democracia burguesa en particular fue execrada por él¹⁵,

El extremismo individualista tiene, sin embargo, más de una faceta. Si por un lado desemboca en la anarquía completa, por el otro apunta hacia el absolutismo individual. Stirner, el filósofo del individualismo, no fue a parar al anarquismo, sino al solipsismo¹⁶ No basta con rechazar como aberraciones pasajeras aquellos

sueños fantásticos a que se entregó Bakunin en la fortaleza de Pedro y Pablo y en Siberia, cuando brindó una dictadura revolucionaria primero al zar y luego a Muraviev. Si bien el gobierno representativo repelía al carácter, obstinado y dominador, de Bakunin, también la tendencia a la dictadura absoluta era congénita en él. En realidad era bastante sincero al negar toda ambición de asumir el papel de dirigente popular.

¿Dices tú —escribió a Alberto Richard— que puedo llegar a ser el Garibaldi del socialismo? Me tiene sin cuidado convertirme en un Garibaldi y representar un papel grotesco. Me moriré, querido amigo, y los gusanos me comerán, pero lo que yo quiero es que triunfe nuestra idea. Quiero que la masa humana se vea realmente emancipada de toda autoridad y de todos los héroes presentes y futuros.

Pero lo mismo esas ideas que su concepción de la Alianza llevan implícita la misma confusión. Para la «masa humana», Bakunin preconizaba la libertad individual llevada al extremo de la anarquía. Para el partido revolucionario, deseaba «la absoluta desaparición, la fusión completa, tanto de individuos como de voluntades, en la organización colectiva y en la acción», y en la práctica, aunque no en la teoría, se irrogaba el papel de dictador del partido revolucionario. Marx pudo así escribir, con la suficiente competencia para marcar un

tanto a su favor, que «la anarquía reina, de todos modos, en su cabeza, en la que, no hay sitio más que para una idea...: la de que Bakunin tiene que desempeñar el primer papel», y, desde luego, la revuelta en el seno de la Hermandad Internacional, a principios de 1869, fue palpablemente provocada por los métodos dictatoriales del revolucionario ruso. Bakunin es conocido en el mundo como uno de los fundadores del anarquismo, pero es menos recordado como el primer procreador del concepto de un partido revolucionario, selecto y estrechamente organizado, aglutinado no sólo por la comunidad de ideas, sino por los lazos de la obediencia implícita a un dictador revolucionario absoluto.

Ni Miguel Bakunin ni Carlos Marx legaron al morir ninguna organización internacional consagrada a la aplicación de sus principios revolucionarios a escala mundial, pues ninguna de las «Internacionales», disidentes en que la organización matriz se escindió después del Congreso de La Haya llegó a sobrevivir más de medio decenio. Más o menos organizados, pero sin fuerza apenas, siguieron existiendo grupos marxistas y bakuninistas en cada uno de los países europeos de alguna importancia, excepto en Inglaterra. Hubiera sido precipitado predecir entonces si los revolucionarios del futuro levantarían el estandarte de Marx o el de Bakunin. Pero indudablemente Marx poseía una formidable ventaja sobre su rival. Legó a sus

seguidores un claro y bien trabado cuerpo de doctrina. Ciertamente que su principal obra maestra quedó sin terminar, pero el primer volumen, publicado mientras él aún vivía, contenía la parte esencial de sus enseñanzas, y tuvo la suerte de hallar en Engels un editor competente que dio forma literaria a las notas que al morir dejó escritas con vistas a la redacción ulterior de los dos volúmenes restantes. Las enseñanzas de Bakunin tienen que extraerse de una serie de artículos, de ensayos y folletos, la mayoría de los cuales fueron redactados para ocasiones o fines específicos; muchos de ellos quedaron sin terminar, y casi todos contenían incongruencias y oscuridades que una revisión definitiva (suponiendo que Bakunin fuera capaz de revisar algo de lo ya escrito) hubiera podido enmendar. Bakunin estaba sujeto al destino de aquellos cuya influencia sobre sus contemporáneos consiste en su palabra hablada y en el don fugaz que se llama personalidad. Era, por tanto, imposible transmitir a la posteridad aquella sensación de abrumador ascendente que experimentaron los que le trataron durante el curso de su vida.

La influencia de Bakunin ha sido incomparablemente menor que la de Marx, siendo, además, muy difícil valorarla con alguna precisión. En Rusia, el nombre de Bakunin ocupó durante mucho tiempo un puesto de honor entre los círculos revolucionarios. Pero los social revolucionarios, que compartían el movimiento socialista con los socialdemócratas marxistas, no

eran bakuninistas. En espíritu, estaban más cerca, no obstante de Bakunin que de Marx, puesto que concedían más importancia al impulso heroico que a la teoría filosófica, y creían que la revolución podía llevarla a cabo una minoría selecta de decididos conspiradores, pero no aceptaban el credo del anarquismo, aunque por otro lado preconizaban, lo que no hizo Bakunin, el asesinato de los monarcas y de sus ministros. La escuela rusa de anarquistas teóricos, cuyos representantes más famosos fueron Tolstói y Kropotkin, tendía a aunar el anarquismo con la no-resistencia, doctrina que hubiera horrorizado a Bakunin. En España, país en el que la influencia de Bakunin fue más duradera que en cualquier otra parte, el anarquismo se mantuvo durante muchos años como el ideal revolucionario más efectivo y explosivo y, en vísperas del estallido de la guerra civil española de 1936-39, era considerado todavía como la doctrina del ala más potente del movimiento sindical. En Italia, el movimiento obrero siguió, por espacio de muchos años después de la muerte de Bakunin, profundamente empapado de anarquismo. Sin embargo, la tradición individualista de la teoría revolucionaria italiana culminó finalmente, no en el anarquismo, sino en la dictadura, y si hay que concederle a Bakunin un puesto en la historia de Italia, no puede ser otro que el de uno de los oscuros antepasados que sin saberlo llevaban el germen del fascismo. Un ingenioso teórico de la política podría descubrir cierta curiosa afinidad

entre el Estado fascista y la dictadura «racional», pero «férrea», que Bakunin achacó a Muraviev en Siberia, como también podría razonar, con poderosos argumentos, que el moderno antagonismo entre la dictadura del proletariado y las dictaduras fascistas es la última expresión de la lucha histórica entre Carlos Marx y Miguel Bakunin.

Como quiera que sea, la disputa que determinó la ruptura de la Primera Internacional es el símbolo de un acontecimiento de mayor envergadura universal que el simple debate entre dos teorías rivales de la revolución. Es la representación del contraste entre las manifestaciones opuestas y complementarias del espíritu humano. Marx enfocaba a la humanidad con la óptica del estadista y del administrador. Su sujeto no era el individuo, sino la masa. Introdujo en la teoría y en la práctica revolucionarias el orden, el método y la autoridad; aspecto que hasta entonces había sido una prerrogativa exclusiva del gobierno, con lo cual echó los cimientos del Estado revolucionario disciplinado. Bakunin fue un visionario y un profeta. Lo que le preocupaba no era la masa, sino el individuo; no eran las instituciones, sino la ética. Su carrera revolucionaria fue infecunda en resultados concretos. «Se pasó la vida —dijo su amigo Virubov— desempeñando el papel de Sísifo, preparando incesantemente revoluciones políticas y sociales, las cuales, cuando más seguras las creía, se le iban cayendo, incesantemente también, de los hombros.» Con todo, hablar de su in-

capacidad de realización práctica es un poco improcedente, puesto que la idea misma de realización fue siempre ajena a su carácter y a su intención. Reichel le preguntó una vez qué haría si lograra ver realizados todos sus planes y plasmados todos sus sueños en la realidad. «Entonces —contestó Bakunin— volvería a derribar todo lo que hubiese hecho.» Bakunin fue, en la historia, una de las más completas encarnaciones del espíritu de la libertad. De la libertad que no excluye el capricho ni la licencia, que no tolera ninguna de las instituciones humanas, que sigue siendo eternamente un ideal irrealizado e irrealizable, pero que es casi universalmente aceptada como parte indispensable de las más elevadas manifestaciones y aspiraciones de la humanidad.

Notas

1. Guillaume, *Internationale*, II, 157-60, 174-7
2. Bakunin, (*Euvres*, VI, 17-99, 161, 171-280.
3. Guillaume, *Internationale*, II, 177-86, 218.
4. Guillaume, *Internationale*, II, 202-14.
5. Guillaume, *Internationale*, II, 232-41.
6. Guillaume, *Internationale*, II, 294-6.
7. Marx-Engels, *Sochineniya*, XXVT, 269, 276; Guillaume, *Internationale*, II, 272-7, 289.
8. Marx-Engels, *Sochineniya*, XXVI, 284; Guillaume,

Internationale, III, 13, 323.

9. Guillaume, *Internationale*, II, 311-13.

10. Guillaume, *Internationale*, II, 321-43.

11. Guillaume, *Internationale*, II, 343-51; Steklov, *M. A. Bakunin*, IV, 276; Marx-Engels, *Sochineniya*, XXVI, 302.

12. *Sóbrame*, ed. Steklov, III, 128, 146.

13. Bakunin, *C. Euvres*, V, 160; *Materiali*, ed. Polonsky, III, 283; Bauler, *Byloe* (julio, 1907), p. 77; Kantor, *V Pogone*, p. 50.

14. Bauler, *Byloe* (julio, 1907), 77; Bakunin, *CEuvres*, I, 150, 158; *Materiali*, ed. Polonsky, III, 298; Guillaume, *Internationale*, II, 160; *Sobranie*, ed. Steklov, III, 223.

15. Guillaume, *Internationale*, II, 161; *Materiali*, ed. Polonsky, III, 145.

16. Solipsismo: sistema filosófico que prohija un idealismo radical y que puede conceptuarse como una variante del monismo, el cual *rechaza* la teoría de que el espíritu y la materia sean entidades divergentes. El solipsismo sostiene que es tan ilusoria como fantástica toda realidad extraña y alejada del espíritu. *Materiali*, ed. Polonsky, III, 259-60; Marx-Engels, *Sochineniya* XXIV, Virubov, *Vestnik Evropy* (febrero, 1913), pp. 48-9; El, *Severnyi Vestnik* (abril, 1898), p. 179.

LA SOMBRA DE BAKUNIN

Miklós Molnár

Puede suceder que el adversario ausente del campo de batalla se revele ser más temible que el enemigo que se tiene enfrente. A nadie temió más Napoleón que a Kutuzov, replegado en las estepas nevadas; Marius fue más peligroso para el partido de Sila cuando emergía de las ruinas de Cartago que cuando estuvo en el poder. No es fácil estimar las fuerzas del adversario ausente, reconocer sus objetivos, prever su táctica, apreciar el ascendente que ejerce en sus partidarios. Es todavía más difícil asestarle el golpe decisivo.

Esto es lo que ocurrió en la Conferencia de Londres con Bakunin. Por más minuciosamente que Marx hubiera elaborado su táctica, Bakunin escapó a los golpes y, aunque vencido, salió más fuerte que nunca del combate.

Es cierto que su ausencia ofreció evidentes ventajas a sus adversarios, pero no lo es menos que éstos cometieron errores de cálculo debido en parte a la ausencia de Bakunin.

En primer lugar, Marx subestimó el atractivo que ejercían en la mayoría de las secciones suizas, italianas, españolas, las tesis de Bakunin, así como en muchos grupos de obreros belgas y franceses. En extraña contradicción con el temor de que la Internacional cayera bajo la dictadura de Bakunin, Marx pretendió que las «tropas de que disponía

en principio Bakunin se componían de la mayoría del Comité federal remando»..., mientras que sólo contaba algunos aliados «en Italia y en España» ¹

En 1871 Marx admitiría que el «abecedario para niños» de Bakunin «tuvo algún eco» en Italia y España, así como entre «algunos doctrinarios vanos y ambiciosos» de Suiza y Bélgica ².

El poder de atracción del «viejo encantador» Bakunin fue realmente mucho más fuerte y Marx no lo tuvo bastante en cuenta, aunque exagerara el *peligro*.

El otro error de cálculo que se cometió, y que es clásico, consistió en creer que la ofensiva debe ser siempre mejor método que la defensiva. Tranquilizado al ver la facilidad con que maniobraba a los delegados de la Conferencia de Londres, encantado del éxito de su tesis, satisfecho de ver derrumbarse el débil grupo de la oposición, Marx no creyó necesario defenderse contra las acusaciones de sus adversarios, ni siquiera combatir sus argumentos. Si Bakunin se hubiera encontrado frente a Marx en la mesa de la Conferencia, la marcha de los acontecimientos hubiera sido muy distinta. En un debate más duro y frente a un adversario de talla, Marx se hubiera visto forzado a aceptar el desafío, lo que no creyó oportuno hacer, contrariamente a la opinión general. Es cierto que hemos afirmado que una de las preocupaciones de Marx consistió en combatir a Bakunin, y que lo hizo con todas

sus fuerzas. Esto no significa, empero, que haya aceptado el desafío en todos los aspectos. En efecto, sus partidarios en la Conferencia de Londres no hicieron demasiados esfuerzos para desmentir las acusaciones de que fue objeto el Consejo general y tampoco para rebatir las llamadas tesis bakuninistas, e inculcar las suyas propias a los obreros. Al no haberse planteado la verdadera confrontación entre las tesis opuestas, y dado que una serie de resoluciones categóricas no producen el mismo efecto que un debate contradictorio, fueron muchas las cuestiones que quedaron en suspenso.

¿De qué cuestiones se trata? En último análisis, de la esencia misma del "bakuninismo", que, a pesar de sus fundamentos teóricos mucho menos sólidos que los del «socialismo científico» del autor del *Capital*, no carecía de cierta coherencia lógica. Aunque de espíritu esencialmente ecléctico, Bakunin era capaz de asimilar los conocimientos de su tiempo y elegir entre ellos, transformándolos y desarrollándolos hasta darles alguna consistencia. No pueden ponerse en duda ni la fuerza persuasiva, ni la correlación de los elementos que constituyen este "bakuninismo" tan a menudo desdeñado. Sería imposible inventar más propósitos hirientes y despreciativos que los que Marx encontró—y con qué facilidad—para calificar a su adversario. «En cuanto al propio Bakunin—escribió Marx—, uno de los seres más ignorantes en el ámbito de la teoría social...». ¿Su programa? «Vana palabrería, conjunto de pensamientos

vacíos...», «simple farsa»³, y además «un engaño cosechado superficialmente a izquierda y derecha: igualdad de clases, abolición de los derechos de herencia como punto de partida del movimiento social (una tontería sansimoniana), ateísmo como dogma prescrito o los miembros, etc., y como dogma principal (prudhoniano) la abstención del movimiento político»⁴.

Esta enumeración es muy instructiva. Revela tal vez lo que fue en el fondo el error táctico de Marx. Ni la abstención en materia política, ni la idea de la igualdad de las clases eran realmente características del programa de Bakunin, y su ateísmo—como tampoco el de Marx—no tenía nada que ver con el programa *social* del revolucionario ruso. Entre las cuestiones enumeradas por Marx, no hay en el fondo más que una que formara parte verdaderamente del programa social y político de Bakunin: la de la herencia, y aun así, sacada de su contexto, no da una idea precisa. Los rasgos profundamente característicos del programa y la filosofía política de Miguel Bakunin fueron su antisemitismo y antiautoritarismo, siendo al mismo tiempo los puntos de partida de cuantos ataques se lanzaron contra Marx y el Consejo de Londres. El principio de la autonomía de las secciones (y de las comunas del futuro), así como el del federalismo, nociones no sólo muy estimadas por Bakunin,* sino por la gran masa de los obreros internacionalistas, se desprendían de esas ideas clave que eran el antiestatismo y el

antiautoritarismo. La teoría del Estado no explica tampoco el apolitismo o abstencionismo, vicio tan a menudo reprochado a Bakunin.

La negativa absoluta de cualquier poder estatal implica forzosamente la negativa de la política, a menos que se trate de una acción política revolucionaria con el propósito inmediato de emancipar a los obreros mediante la destrucción del poder. Marx ridiculizaba ese "maximalismo" de Bakunin, demostrando que el «acto final» de cualquier revolución victoriosa no podía surgir de golpe y porrazo como Palas Atenea de la cabeza de Zeus. Sin embargo, evitó—o ignoró—dos aspectos particulares e importantes del «abstencionismo» de Bakunin. Por un lado, el que el anarquista ruso admitiera que ese «acto final» de la destrucción del poder presupusiera la existencia de una organización revolucionaria, por tanto, política, exigiendo, por otra parte, que dicha organización estuviera desprovista de caracteres «estatales», o sea, autoritarios³. Dicho con otras palabras: Bakunin incorporaba la Internacional a su teoría del Estado y, al mismo tiempo, deseaba aplicar su teoría antiestatal a la Internacional. En nombre de ese *conjunto de ideas* Bakunin lanzó sus ataques contra Marx, ese «comunista autoritario» como le denominó.

Parece ser que Marx y sus amigos atribuyeron muy poca importancia a tales acusaciones. Se contentaron con replicar a las injurias por medio de otras injurias, preocupándose apenas de lo

bien fundado de los ataques de que eran víctima. Así el tono más bien mezquino de la polémica que empezó siendo una falta de respeto y objetividad recíproca se convirtió en la causa de un error táctico de graves consecuencias, sobre todo para el Consejo general. Al concentrar el fuego en determinados aspectos, sin duda, vulnerables, pero" no esenciales, del «bakuninismo», el Consejo general y Marx erraron su tiro. No bastó ya con rectificarlo más tarde. Bakunin, enemigo de la autoridad y del Estado; Bakunin, defensor del federalismo y de la autonomía; Bakunin «libertario», apóstol de la sociedad libre del porvenir encarnándose en la Internacional, salió indemne de la lucha entablada en la Conferencia de Londres.

La mayoría de resoluciones no se preocuparon ni siquiera de las principales tesis de su programa, y el solo ataque que se lanzó al corazón de su teoría, la resolución sobre la acción política, contribuyó más bien a reforzar su posición que a demoler su sistema ideológico.

El punto fuerte de Bakunin no fue nunca la lucidez en el ámbito de la teoría, sobre todo si se le compara con Marx. Este no entabló nunca una lucha ideológica seria con las tesis eclécticas del apóstol de la anarquía. El solo intento de Marx en esa dirección quedó incompleto ⁶. Cabe preguntarse los motivos, sobre todo si se piensa en las numerosas obras

polémicas de Marx. ¿Es que no conocía acaso, con anterioridad a la Conferencia de Londres, la teoría del Estado de Bakunin? Puede que resida ahí uno de los motivos ⁷ que le impidieron entablar la discusión, pero disponía de bastantes elementos sobre el «bakuninismo» para profundizar más en el análisis. ¿Es que tal vez no lo tomara en serio? Esto ha podido desempeñar un papel, si creemos a Marx, quien afirmó con convicción que el «lado serio residía en la organización práctica de la Alianza y no en su programa teórico» ⁸. El que Marx insistiera sobre la limitación de la Conferencia de Londres en la cuestión de organización parece confirmar la hipótesis de que no tuvo intención de combatir a la anarquía en el plano ideológico.

Hay que decir, no obstante, que el aspecto sólido de la tendencia de Bakunin no residía únicamente en la «organización práctica», como Marx pensó, sino en los *principios* de organización conformes a la teoría del Estado de Bakunin, así como al estado de ánimo de buen número de obreros. Cuando examinemos las repercusiones de la Conferencia veremos la importancia que revistió este último elemento. Demos antes una ojeada rápida a las tesis de Bakunin, cuya concordancia con su práctica política y revolucionaria no puede sorprender más que a los que ven sólo desorden en las divagaciones ideológicas del revolucionario ruso.

Desde que se afilió a la Internacional, Bakunin dio

a entender sin equívoco que el punto de partida de su programa y el centro de sus actividades residirían en la abolición del Estado, ese *Leviathan*. En 1868 afirmó en la tribuna del Congreso de la Paz y la Libertad: «Yo no soy comunista porque el comunismo concentra y hace absorber todos los poderes de la sociedad en el Estado, mientras que lo yo deseo es la abolición del Estado» ⁹. En el Congreso de Basilea ligó su propuesta sobre la supresión del derecho de herencia—la idea que hacía reír a Marx—con la liquidación del Estado¹⁰. Será seguramente interesante recordar la respuesta que le dio Eccarius, portavoz del Consejo general: «A Bakunin, que expresa el miedo que le infunde cualquier Estado... hay que contestarle que el Estado puede ser reformado con la llegada al poder de la clase obrera»

Es cierto que Eccarius no era Marx ni tampoco Engels, pero no puede negarse que su opinión no se alejaba demasiado de las suyas. Su introducción a la nueva edición del *Manifiesto del partido comunista* es instructiva a este respecto. Al sacar las lecciones de la Comuna de París, Marx y Engels pensaron que el *Manifiesto* de 1848 era algo caduco y debía ser rectificado en cuanto al problema de la apropiación por la clase obrera del instrumento estatal¹³. El Estado, esa «máquina política», no podía ser simplemente acaparado por la clase obrera, ni tampoco reformado. Según la teoría así rectificada de Marx y Engels, que hallamos en

forma más elaborada en *La guerra civil*, de Marx, y en la introducción de Engels a la edición alemana de 1891, no era posible, y «la Comuna debió reconocerlo por primera vez, que la clase obrera en el poder continuara administrando la vieja máquina del Estado»¹³. La clase obrera—declaró asimismo Engels—debía eliminar, por un lado, la vieja máquina opresiva... y, por otra parte, tomar las debidas garantías contra sus propios mandatarios y funcionarios»¹⁴. Otro pasaje del texto citado habla de la «destrucción de la potencia del Estado tal como era hasta aquí» y «su sustitución por un nuevo poder», por un Estado que, según los términos del *Anti-Dühring* de Engels, «ya no es el Estado», sino un Estado que empieza a «extinguirse».

Detengámonos por un momento en la primera parte de esta tesis, que constituye en sí misma un cambio bastante neto para que Bakunin pudiera decir, a propósito de la Comuna, que «los marxistas..., cuyas teorías habían sido trastornadas por ese alzamiento, se vieron obligados a hacerle la debida reverencia. Mucho más todavía, contra toda lógica y en contradicción con sus más íntimos deseos, asimilaron el programa y la finalidad misma de la Comuna»¹⁵. En efecto, las tesis «marxistas», por un lado, y «bakuninistas», por otro, coincidieron en un punto después de la Comuna, pero ello no impidió que se intensificara la lucha ideológica entre ambas tendencias, ya que la cuestión de la actitud que la clase obrera debía adoptar con respecto a la «vieja

máquina del Estado», no era más que *un* aspecto de la teoría del Estado. Quedaba por elucidar cómo iba a organizarse la clase obrera del futuro, y sobre este punto, la opinión de Bakunin, tanto después como antes de 1871, fue siempre netamente opuesta a la de los marxistas. Al mismo tiempo que Marx no sólo saludaba, sino rendía un verdadero homenaje a la constitución comunalista propuesta por los federados de París «incluso en las más pequeñas aldeas del campo», dejaba una puerta entreabierta para un retorno eventual a la idea del poder proletario, que, después de haber amputado «los órganos puramente represivos del antiguo poder gubernamental», cumpliría «las funciones legítimas»¹⁶ de un gobierno. Es cierto que «al aprobar la Comuna, Marx abandonó—como observa Michel Collinet¹⁷—(ese) punto de vista jacobino» que había adoptado al afirmar que el proletariado «mantendrá la centralización política que necesita la sociedad», pero aboliendo la burocracia¹⁸. M. Collinet tiene razón cuando dice que esa nueva concepción fue un elemento aislado del pensamiento de Marx¹⁹. Cabe preguntarse también si no se ha exagerado el parentesco entre esa nueva concepción de Marx y la de Lenin en *El Estado y la Revolución* con la tesis federalista de Prudhon y Bakunin. Pensamos que es interesante citar las palabras de Lenin, después de leer los pasajes de Marx relativos a las funciones económicas de ese *gobierno de la clase obrera* que había sido la Comuna: «El

mezquino Bernstein reduce todo esto al autogobierno local. Idiota»²⁰. En realidad, Bakunin no era menos «mezquino» que Bernstein a este propósito. También él lo reducía todo al principio de la autonomía comunal absoluta. Para él, el acto de la «destrucción de la máquina gubernamental» significaba la abolición del Estado de una vez. Bakunin no admitió que la «vieja máquina» fuera reemplazada, provisionalmente, «por un nuevo poder» como propusieron Marx y Engels.

Es cierto que también en este aspecto sólo existe un leve matiz entre ambas tesis, especialmente sobre la noción de una institución estatal provisional introducida por Marx y Engels. También éstos admitieron que el Estado debía «extinguirse», que desaparecería toda sujeción y que el poder obrero dejaría de ser un «poder político propiamente dicho»²¹, por citar sólo la frase de Engels tan a menudo evocada y en la que se prevé que se arrinconará al Estado al lado de la rueca, el hacha de piedra y otros instrumentos pasados de moda. En espera de que esto suceda, Marx y Engels admitieron que ese viejo trasto que era el Estado subsistiría todavía durante un período transitorio. En ese instante histórico se sitúa la dictadura del proletariado, es decir, la sola forma de Estado comunista que hayamos conocido hasta la fecha.

No puede negarse la perspicacia de los argumentos de Bakunin contra la idea de establecer tal poder obrero. A partir de 1871 toda su obra es una

protesta violenta contra tal perspectiva y además contra tal interpretación de la Comuna de París. «Soy un fanático amante de la libertad —escribió en un análisis fechado en julio de 1871—, pero no de esa libertad sólo de forma, concedida, medida y reglamentada por el Estado...»; «...soy un partidario de la Comuna de París... sobre todo porque ha sido una audaz negación, y bien pronunciada, del Estado»^a.

Según Bakunin, el mayor mérito de Varlin y sus amigos fue precisa-, mente haber renunciado a las medidas que hubieran llevado «a la dictadura política, es decir, a la restauración del Estado, de los privilegios, etc.»²³. En otro artículo dice el mismo Bakunin: «Cuando la revolución se concentra en las manos de algunos individuos gobernantes, se convierte inevitable e inmediatamente en reacción»²⁴. «Después de un corto instante de libertad o de orgía revolucionaria, ciudadanos de un Estado nuevo, se despertarán esclavos, juguetes y víctimas de nuevos ambiciosos»²⁵.

Convencido de lo justa que es su tesis, Bakunin no hace sino repetirla infatigablemente: «Quien dice Estado o poder dice dominación, pero toda dominación presupone la existencia de masas dominadas»²⁶.

Es una profesión de fe, casi una obsesión. No es sólo obsesión, es profesión de fe. He aquí a Miguel Bakunin. Su imaginación y las expresiones de que se sirve son a veces in-,

creíbles al insistir en su idea clave. En una carta a Ogarev que habla de los autoritarios los llama «la burocracia roja»²⁷. El lector se frotará los ojos, pero no hay error posible. La carta data de 1868. En otro escrito, consagrado al mismo tema, Bakunin explica cómo la dictadura de la clase del proletariado no es más que la supeditación de la masa campesina²⁸, mientras que «toda la cuestión del pájina 253, el título *Preámbulo para la segunda entrega del Imperio knouto germánico*. triunfo revolucionario se reduce... a esto: qué hacer para sublevar, revolucionar a los campesinos »²⁹.

¿De dónde le viene esa certeza de que las cosas no pueden suceder de otra manera? ¿De dónde le viene esa convicción, amarga y apasionada a la vez, de que el Estado proletario no puede escapar a la regla general, y que degenerará inevitablemente en una «máquina opresiva» que aplastará la libertad, creando, al mismo tiempo, nuevos privilegios? ³¹

Es inútil bucear en la inmensa obra de Bakunin con el propósito de dar con la verdadera explicación científica en que apoya su tesis fundamental. Es cierto que, de manera deslavazada, aparecen algunos argumentos filosóficos, económicos y sociales. Bakunin se consideró heredero y portavoz de las tradiciones antijacobinas; conocía la obra de Saint-Simon, estudiaba la de Stirner y se inspiraba a menudo en Proudhon. Pero no reside ahí lo esencial.

Bakunin se guiaba por la experiencia y no por el análisis científico. Para él no se trató de un problema científico. «Es la vieja historia: el poder corrompe a los hombres, hasta a los más inteligentes, a los más adictos»³⁰. También ha escrito: «No olvidemos nunca que el Estado es sinónimo de dominación y que la naturaleza humana está hecha de tal modo que cualquier dominación se traduce fatalmente en explotación»

Para Bakunin se trató de algo evidente, de un axioma y una fatalidad. No había necesidad de probarlo; tampoco de evitarlo. El resultado será, según él, un futuro terrible: «Imaginar una especie de monarca universal, colectivo, imponiendo su ley, su pensamiento, su movimiento y su vida a los proletarios de todos los países, reducidos al estado miserable. He aquí una parodia ridícula del sueño ambicioso de los Césares...»³².

El manuscrito que acabamos de citar, y otros a los que nos hemos referido, data ya del período posterior a la Conferencia de Londres. Constituyen el desarrollo lógico de la idea clave de Bakunin. Cambian las expresiones, la sustancia sigue siendo la misma: aplastad al infame que es el Estado y—consecuencia lógica—se obstaculizará la ruta de forma que no pueda resucitar, a cubierto de cualquier clase de poder proletario.

En el último texto que hemos citado aparece

un nuevo elemento. Se trata de un elemento que, sin ser enteramente nuevo, pertenece ya a la nueva fase de la lucha entablada por las dos tendencias, marxista y bakuninista. Este elemento consiste en la propia Internacional, que Bakunin, como mencionamos antes³³, asimiló en cierto modo a la noción de Estado. El «monarca universal» de la visión de Bakunin sería la Internacional, si la tendencia denominada autoritaria triunfara e impusiera sus métodos y su doctrina,

El desarrollo de la teoría del Estado de Bakunin reviste gran interés en la historia del declive de la Internacional. Tal vez resida en este aspecto la clave del problema.

La idea de tratar los problemas de la organización de la Asociación Internacional de Trabajadores como si fueran los del Estado no era completamente nuevas, como hemos dicho. El diario belga *La Internacional* había publicado un artículo ya en 1869 a propósito de *Las instituciones actuales de la Internacional desde el punto de vista del porvenir*. Bakunin aludió a dicho artículo en su *Carta a los compañeros del Jura*. El mismo tocó la cuestión en diversas ocasiones y, a partir del otoño de 1871, acentuó su polémica sobre este aspecto del problema estatal. Se detuvo en el tema tanto en su polémica con Mazzini como con el Consejo general, lo que le permitiría permanecer siempre en el terreno familiar de su teoría antiestatal, y

acertó al entablar la lucha contra Marx con los mismos argumentos que ya había empleado contra Mazzini. Dado el eco que habían tenido en toda Italia sus luchas con Mazzini³⁵, no puede subestimarse el alcance de esa táctica. «...La carencia absoluta de un dogma único y de un Gobierno central en nuestra gran Asociación Internacional, esa libertad casi absoluta de las secciones, ¿sublevan el doctrinarismo y autoritarismo del hombre de Estado-profeta que es Mazzini?»³⁶, escribió Bakunin en un artículo inédito, en el que situó a sus dos adversarios—Marx y Mazzini—en un pie de igualdad³⁷. Hizo todavía más: volvió su arsenal antiestatal y antimazziniano contra Marx y el Consejo general de Londres. Al denunciar el peligro que representaban las maniobras autoritarias del Consejo de Londres para esa «libertad casi absoluta» de las secciones de la A. I. T., Bakunin no abandonó su terreno y siguió luchando contra el Estado, esa especie de monstruo universal que jamás cejó de combatir. Con ello quiso evitar que la Asociación Internacional, que debía emancipar al proletariado *mediante la abolición* del Estado se convirtiera a su vez en Estado. «La existencia de la Internacional sólo es posible—afirmó Bakunin—con la condición de que su Consejo general, como los comités nacionales, regionales y locales, no ejerzan ningún poder y no constituyan un Gobierno»³⁸. Veamos algunos detalles todavía más característicos³⁹:

Se dirá que no todos los obreros, incluso si son miembros de la Internacional, pueden convertirse en sabios; no bastará que exista un grupo de hombres en la Asociación que posean la ciencia, la filosofía y la política del socialismo de forma tan completa como sea posible actualmente, para que la mayoría, el pueblo de La Internacional, obedezca con fe a su dirección y a su mando fraternal (estilo del señor Gambetta, el jacobino-dictador por excelencia), sin desviarse del camino que debe conducir a la emancipación definitiva proletariado.

Hemos oído bastante a menudo este razonamiento, aunque de manera encubierta—no se es ni lo bastante sincero ni lo bastante valeroso para otra cosa—, o bien desarrollado subrepticamente, con toda clase de reticencias más o menos hábiles y halagos demagógicos dirigidos a la sabiduría suprema y a la omnipotencia del pueblo soberano por el partido autoritario de la Internacional. Hemos combatido siempre apasionadamente este criterio, porque estamos convencidos de que, desde el momento en que la Asociación Internacional se dividiera en dos grupos, uno comprendiendo la inmensa mayoría y compuesto de miembros cuya sola ciencia consistiría en una fe ciega en la prudencia teórica y práctica de sus jefes, y otro compuesto tan sólo de varias decenas de individuos-directores, la institución que debe emancipar a la humanidad se transformaría en

una especie de Estado oligárquico, el peor de todos; por añadidura, esa minoría clarividente, sabia y hábil, asumiría, con todas las responsabilidades, todos los derechos de un gobierno tanto más absoluto cuanto que su despotismo se oculta cuidadosamente tras las apariencias del respeto obsequioso de la voluntad del pueblo soberano, resolución inspirada siempre en la llamada voluntad popular; que esa minoría, pensamos nosotros, al obedecer a las necesidades y condiciones de su situación privilegiada, y sufriendo el destino de todos los gobiernos, se convertiría muy pronto en algo despótico, dañino y reaccionario.

La Asociación Internacional no podrá convertirse en instrumento de la emancipación de la humanidad más que cuando ella misma se haya emancipado, y sólo se habrá emancipado cuando, dejando de dividirse en dos grupos—lo mayoría, instrumentos ciegos, y la minoría, máquinas sabias—, haya conseguido que la ciencia, la filosofía y la política del socialismo penetren en la conciencia razonable de cada uno de sus miembros.

Este texto tan interesante de Bakunin nos permite entrever su pensamiento en profundidad. La identificación ideológica y práctica de los dos problemas—el del Estado en general y el del «estatismo» al interior de la Internacional—no es ninguna maniobra, ningún

truco de habilidad táctica, sino el ahondamiento serio de su teoría del Estado. Puede decirse incluso que en ello reside el elemento más valioso de la teoría de Bakunin. Si es cierto que la solución federalista propuesta por éste no parece poder resolver todos los problemas del período denominado de «transición» entre las dos sociedades, la burguesa y la proletaria, no lo es menos que las previsiones bakuninistas en cuanto a la solución de la «dictadura del proletariado» se han revelado más exactas de lo que pudiera desearse, a la luz de las experiencias contemporáneas.

Volvamos al examen de nuestro problema, en su contexto histórico, del que nos quedan todavía varias cosas por decir.

Observemos, para empezar, y sin entrar en detalles, que la táctica de Bakunin, particularmente ese desplazamiento del centro de gravedad de la discusión de los problemas internos de la Asociación, le valió, y no sólo en Italia, el apoyo de una gran masa de obreros inter nacionalistas. La violencia de las reacciones obreras a las resoluciones de la Conferencia de Londres nos revelará la potencia de esa corriente «colectivista-federalista».

Dicho esto, no hemos mencionado aún todas las ventajas de que dispuso Bakunin, gracias a la táctica que acabamos de resumir. Partiendo de su posición invulnerable de gran protector de la libertad y de la autonomía, Bakunin pensó

justificar así todos sus ataques y sus acusaciones contra Marx y el Consejo de Londres. Si la verdadera razón de ser de la AIT residía, como afirmó Bakunin, en la «ausencia absoluta de un dogma único y un gobierno central...», y si las tentativas centralizadoras del Consejo general amenazaban efectivamente a dichas libertades, las acusaciones contra Marx resultaban ser, teórica y prácticamente, justificadas. Prácticamente porque las resoluciones KaTilan por sí solas. Bastaba con leerlas para verificar que se trataba de una tentativa de centralización y uniformidad por parte del Consejo general. Teóricamente porque la defensa del federalismo implica que se condene el centralismo, como la salvaguardia de una «libertad casi absoluta», y la de la «ausencia absoluta del dogma único» va a la par con la lucha contra cualquier tendencia autoritaria. Por este motivo hemos dicho que el programa de Bakunin no era, a su manera, menos coherente que el de Marx. Este tendía a la toma del poder por la clase obrera. Bakunin, al contrario, quería destruir cualquier clase de poder. Marx consideraba a la Internacional como un *medio político* de llegar al poder. Bakunin deseaba que la AIT fuera el modelo de una sociedad sin ninguna clase de autoridad. Marx acusó a su adversario de querer introducir en la Asociación el desorden ideológico, el espíritu abstencionista y federalista, con la intención utópica de realizar

una sociedad comunalista sin gobierno. Bakunin reprochó a su vez a Marx su intención de imponer un dogma único a la Internacional y la disciplina de partido de un régimen comunista autoritario en la Asociación, primero, y en los gobiernos, después.

Se trata de teorías completamente opuestas, pero, una y otra, sistemáticas y coherentes.

La idea de una sociedad sin autoridad, que es la de la anarquía, implica una lógica tan completa del programa de Bakunin como la idea de la dictadura del proletariado se desprende, a su vez, del de Marx.

En realidad, ni Bakunin ni Marx se mantuvieron en los límites de sus respectivas teorías, cuando se trató de combatir al adversario. Si es cierto que el epíteto de «comunista autoritario», atribuido a Marx por Bakunin, se justifica en la teoría anarquista y también en determinadas acciones de Marx⁴⁰, las injurias no tienen nada que ver con la controversia ideológica. «Doctrinario... Vanidoso hasta la saciedad y la locura...»⁴¹, así calificó a su adversario el anarquista ruso. Los epítetos siguen una curva ascendente hasta la injuria suprema de «judío pangermanista».

De todos esos ultrajes, dictados por el odio y la cólera, quizá tan sólo la acusación de pangermanismo retenga nuestra atención. Lo demás puede ir a la basura, donde han ido a

parar las acusaciones análogas contra Bakunin. El pretendido pangermanismo de Marx, acusación que roza el ridículo, no es tampoco un tema que se preste a ser tomado seriamente en consideración. Es únicamente con el propósito de indicar las fuentes principales de dicha acusación por lo que vamos a detenernos en ella. En el fondo se trata de la prolongación de litigios que ya habían opuesto a ambos revolucionarios. Uno de ellos se refiere a la guerra franco-alemana. Los dos *Llamamientos* del Consejo general⁴¹, y otras declaraciones de Marx con el mismo fin, habían suscitado muchas discusiones y sirvieron de fundamento para acusar a Marx de «pangermanismo».

El otro litigio remonta a los años posteriores a 1848, época en que Bakunin se había consagrado a los movimientos eslavos y fue acusado de paneslavismo por Marx y Engels⁴³. El examen de este problema rebasaría los límites que nos hemos impuesto, y también nuestras posibilidades. Por este motivo nos limitaremos a indicar que fue precisamente la imputación de paneslavismo lo que Bakunin quiso repercutir contra Marx. Para ello consagró todo un estudio —que quedó inédito— en el que quiso probar que él, Bakunin, había situado siempre al paneslavismo y al pangermanismo en un mismo pie de igualdad, mientras que Marx y sus discípulos se limitaban a condenar tan sólo el paneslavismo para dejar de lado a Alemania. «(Marx) halló más cómodo achacar a Rusia la

culpa de todos los crímenes políticos y sociales que se cometían en Europa—resumió Bakunin—, y sin duda también más ventajoso desde el punto, de vista del patriotismo alemán»⁴⁴.

Si Marx no necesita que se le defiendan contra la acusación de haber servido «los puntos de vista propios del patriotismo alemán», aunque fuera enemigo mortal de la Rusia de los zares, no puede decirse lo mismo de todos los socialistas alemanes de la época que profesaban su doctrina. Uno de los ejemplos más llamativos a este respecto fue Wilhelm Eichhoff, autor de un pequeño libro sobre la Primera Internacional⁴⁵. Este folleto, considerado sin motivo como una fuente auténtica, porque fue aprobado por Engels⁴⁶, contiene, además de errores de talle, pasajes como éste: «Es también un alemán quien ha dado su tendencia y organización a las diversas secciones nacionales (léase *internacionales*, como es natural)»⁴⁷.

El alemán en cuestión era, naturalmente, Marx. También cuando se trata de congresos de la Asociación lo que preocupa al autor es siempre la presencia del «elemento alemán». Constata entonces con la mayor alegría que, de los sesenta y cuatro delegados del Congreso de Lausana, «el elemento alemán estaba representado por veinticinco miembros», y así sucesivamente.

No sólo los adversarios de Marx, sino sus *amigos* contribuyeron también a crear una atmósfera favorable a tales insinuaciones.

Todo ello revestía muy poca importancia. La gran batalla entre las dos tendencias opuestas se planteó en el plano de la organización de la Asociación, y los miles de obreros internacionalistas que participaron en ella se preocuparon muy poco de los problemas de pangermanismo o de paneslavismo. Por lo demás, es algo que Bakunin había comprendido. Aunque se dejó llevar de vez en cuando por su odio, intentó concentrar los disparos en aquello que podía inquietar más a las secciones, celosas de su libertad y de su autonomía. En cuanto se difundieron las resoluciones de la Conferencia de Londres, Bakunin desplegó una actividad febril, denunciando el carácter autoritario y centralizador de las mismas. Infinidad de páginas de sus cartas confidenciales lo atestiguan. Atacó, dio consejos y, lo que es muy importante, movilizó a sus «hermanos» de la Alianza secreta, reanimada sobre todo en España e Italia. Esos «hermanos aliancistas» serán el «alma inspiradora y vivificadora de ese inmenso cuerpo que se llama la Asociación Internacional de Trabajadores», escribió entre otros al italiano Celso Ceretti⁴⁸.

Se equivocó a veces en cuanto a los hechos relativos a la Conferencia. Pensó que «el número reducido de franceses, españoles y belgas que han asistido a dicha Conferencia... han protestado contra las resoluciones de la mayoría que controla el Consejo general de

manera dictatorial»⁴⁹. Aunque es sabido que no se trató de una protesta muy neta, en cambio, la protesta violenta de Bakunin acertó en la diana. Su correspondencia italiana es una prueba convincente a este propósito.

Estimado hermano y amigo—escribió a Rubicone-Nabruzzi—: Me ha alegrado leer tu última carta. Estamos de acuerdo y en perfecta armonía sobre todos los puntos principales. Tanto mejor; en adelante podremos estar seguros de marchar siempre juntos.

Después viene una puntualización de unas cincuenta páginas, en las que explica los orígenes del conflicto y su esencia ideológica.

Marx—escribe Bakunin—es un comunista autoritario y centralista. Persigue el mismo fin que nosotros: el triunfo completo de la igualdad económica y social, pero en el Estado y mediante la potencia del Estado; por medio de la dictadura de un gobierno provisional, muy fuerte y, por así decirlo, despótico, es decir, mediante la negación de la libertad. Su ideal económico reside en el Estado convertido en único propietario de la tierra y de todos los capitales cultivando la primera mediante asociaciones agrícolas, bien retribuidas y dirigidas por ingenieros civiles, y mandando con el recurso de los segundos a las asociaciones industria-^ les y comerciales.

Nosotros perseguimos ese mismo triunfo de la

igualdad económica y social mediante la abolición del Estado y de todo lo que se llama derecho jurídico y que, a nuestro juicio, es la negación permanente del derecho humano. Nosotros queremos reconstituir la sociedad y constituir la unidad humana, no de arriba a abajo, cualquiera que sea la autoridad, sino de abajo a arriba, por la federación libre de las asociaciones obreras de toda clase, emancipadas del yugo del Estado.

En segundo lugar, existe otra diferencia de carácter personal, entre nosotros. Enemigos de cualquier absolutismo doctrinario y práctico, nos inclinamos con respeto no ante la teoría que no podemos aceptar como verdadera, sino ante el derecho que tiene cada cual de seguir y propagar las suyos. Leemos con avidez todo lo que publica Marx, porque hay en ello siempre muchas cosas que son excelentes y que debemos aprender.

El humor de Marx es distinto. Es tan absoluto en sus teorías como en la práctica, siempre que puede. Une dos defectos detestables a una inteligencia verdaderamente eminente: es vanidoso y celoso. Tuvo horror de Proudhon y ello tan solo porque se trata de un hombre de relieve y de reputación legítima que podía competir con él. Todo cuanto de malsano pueda escribirse contra él, Marx lo ha escrito. Marx es personal hasta la demencia. Ha dicho: «.Mis ideas, no queriendo admitir que las

ideas no pertenecen a nadie y que si se busca bien se reconocerá que las mejores, precisamente, las más grandes, han sido siempre producto del trabajo instintivo de todo el mundo; al individuo no pertenece más que su expresión, la forma...

(Marx ha sido mimado por la idolatría de sus discípulos; cuando éstos odiaban a alguien, todos los medios les eran buenos.)

Marx es un judío alemán, como otros muchos jefes o subjefes del mismo partido en Alemania. En este aspecto, los mazzinianos empiezan a parecerse a los marxistas. Se diría que todos los autoritarios se parecen⁵⁰.

Hemos condensado las principales quejas de Bakunin contra Marx, destinadas a un auditorio particularmente sensible a todo lo que atañe a su independencia política e ideológica ⁵¹. Sin esa sensibilidad, todas las maniobras de Bakunin, por hábiles que hubieran sido, habrían resultado vanas. Si consiguió sublevar a la mayoría de las secciones italianas, suizas, belgas y españolas contra el Consejo de Londres, fue porque bastaba muy poco para conseguirlo. La tesis esencial de Bakunin sería en lo sucesivo que la Internacional debía ser considerada como la prefiguración de la sociedad del futuro más bien que como un medio político. Esta tesis remonta a los orígenes más remotos del movimiento obrero y correspondió a un estado de ánimo proletario más general de lo que podía imaginarse antes de que estallara la

crisis final.

Notas:

¹ C. Marx, *Cartas a Kugelmann*, ob. cit., p. 135. Comunicación *confidencial* del 28 de marzo de 1870. Véase, asimismo, *Comp. Doc.*, II, p. 140.

² Carta a Bolle fechada el 23 de noviembre de 1871, en *Ausgewählte Briefe*, p. 318.

⁵ «Para crear una fuerza popular capaz de aplastar a la fuerza militar y civil del Estado hay, pues, que organizar al proletariado, Esto es, precisamente, lo que hace la Asociación Internacional de los Trabajadores, y el día en que habrá organizado en su seno a la mitad, la tercera parte, el cuarto o, tan sólo, el décimo del proletariado de Europa, el Estado, todos los Estados, habrán dejado de existir. La organización de la Internacional tiene como meta no la creación de Estados o de nuevos despotismos, sino la destrucción radical de todas las dominaciones particulares, y por este motivo su carácter debe ser esencialmente diferente de la organización de los Estados.» *Organización de la Internacional*, en el *Almanaque del Pueblo para 1872*. St. Imier, Propaganda socialista (1873), páginas 15-16. Véase también Miguel Bakunin, *Obras*, ob. cit., t. VI, pp. 83-84, *Protestación de la Alianza*.

⁸ *Comunicación, confidencial*, en *Cartas a Kugelmann*, ob. cit., página 134. Véase también *Comp. de doc.*, II, p. 140.

⁹ Discurso de Bakunin, reproducido en *Lo Primero Internacional. Comp. de doc.*, t. II, p. 451.

¹⁰ *Ibid.*, t. II, pp. 67 y 94-95.

¹¹ *Ibid.*, p. 71.

²³ Varlin fue miembro del Comité Central de la Guardia Nacional. Fue asesinado por las tropas versallesas el 28 de mayo de 1871. Bakunin le había conocido en 1869 en el Congreso de Baeilea.

²⁴ *Ibíd.*

²³ M. Bakunin, *Obras*, carta a *La Libertad*, de Bruselas, *ob. cit.*, t. IV, p. 345. Véanse también los *Archivos Bakunin*, II, p. 148.

²⁶ *Ibíd.*, en *Obras*, t. IV, p. 376, así como en los *Archivos Bakunin*, II, p. 162.

²⁷ M. Bakunin, *La revolución social o la dictadura militar*. París, Ed. des Portes de France, 1946, p. 72. La cita procede del folleto *El Imperio knouto-germánico y la Revolución social*, escrito a últimos de 1870 y principios de 1871. Bakunin la parafraseó a menudo, por ejemplo, en su carta a Celso Ceretti de marzo de 1872: «No olvidemos nunca que el Estado significa dominación y que la naturaleza humana es tal que toda dominación se traduce, fatalmente y siempre en explotación.» (*Archivos Bakunin*, 1/2, 'página 244.)

²³ M. Bakunin, *Correspondencia*, *ob. cit.*, p. 280.

³³ Véase la Carta a los internacionales de Bolonia, en *Archivos Bakunin*, 1/2, p. 105.

³⁴ Véase la p. 196 de este capítulo.

²⁵ Reproducido en *La Igualdad*, de Ginebra, del 15 de mayo de 1869.

⁴⁰ M. Bakunin, *Organización de la Internacional*, en *Almanaque del Pueblo de 1872*, *ob. cit.*, pp. 12-24.

⁴¹ Creemos, no obstante, necesario volver al tema del autoritarismo a propósito de la actualidad que este

término ha tomado⁴

⁵ *A los compañeros de la Federación de las secciones internacionales del Jura*, manuscrito inédito ya citado, *Archivos Bakunine*, II, pp. 1-85.

⁴⁶ *Die internationale Arbeiterass'ociation. Ihure Gründug, Organisation, politisch-sociale Thatigkeit und Ausbreitung*. Berlín, Verlag von Albert Eichhoff, 1868.

⁴⁷ Véase la carta de Engels a Marx del 6-VIII-1868, en *Brielwechsd*, t. IV, p. 98. durante los últimos años, del mismo modo que otras nociones ligadas a la historia de la Primera Internacional. "Carta de Bakunin *Al Rubicone e tutti gli altri amici*, del 23 de enero de 1872. Se dirigía a un grupo de internacionalistas lombardos, entre los que estaban Ceretti, Pescatori, Pezza, Testini y Nabruzzi; Bakunin la envió a este último, a la dirección de su organización «Rubicone». Véanse los *Archivos Bakunin*, 1/2, paginas 207-228. ***Ibíd.***

⁴⁸ Eichhoff, *oh. cit.*, p. 5.

⁴⁹ Véanse los *Archivos Bakunin*, 1/2, pp.

⁴² Véase *Relaciones personales con Marx. Piezas justificativas número 2 (diciembre de 1871)*, en *Archivos Bakunin*, 1/2, páginas 122-124.

⁴³ *Primer y segundo Manifiesto del Consejo general sobre la guerra franco-alemana*, reeditados en Carlos Marx, *La guerra civil en Francia, 1871*, *Obras escogidas*, I, *ob. cit.*, pp. 505-519. Véase también Jean Longuet, *La política internacional del marxismo*, *ob. cit.* Por otra parte, James Guillaume, *Carlos Marx pangermanista y la Asociación Internacional de los Trabajadores de 1864 a 1870*. París, A. Colín, 1915; también Edmond Laskine, *La Internacional y el Pangermanismo*. París, H. Floury editeur, 1916.

⁴⁴ Véase Federico Engels, *Der Demokratische Panslavismus*, en *Marx-Engels, Werke*, vol. VI, pp. 270-286. (Reproducción de los artículos publicados en la *Nueva Gaceta Rhennna*, los días 15 y 16 de febrero de 1849.) Véase también Ervin Szabo, *Die Ungarische Revolution von 1848. Bemerkungen zu Engels Artikeln über Ungara in der Neuen Rheinischen Zeitung*, en *Die Neue Zeit*, año 23, volumen I, pp. 782-787 y 811-818. Las posiciones que adoptaron los tres en 1849 no fueron las últimas, ni por parte de Marx y Engels, ni por parte de Bakunin. Véase Miguel Bakunin, *Confesión (1857)*. París, Ed. Rieder, 1932, y también la carta de Engels a Kautsky del 7 de febrero de 1882, en *Friedrich Engels Briefwechsel mit Karl Kautsky*. Viena, Danubia-Verlag, 1955, pp. 50-53.

⁵⁸ Véase, entre otros, *Archivos Bakunin*, ob. cit., así como Max Nettlau, *Bakunin e 'Internazionale in Italia*, y Nello Rosselli, *Mazzini e Bakunin*, ob. cit.

⁸⁷ Véase Caria a los internacionales de Bolonia, en *Archivos Bakunin*, 1/2, p. 113.

³⁸ Teóricamente, puesto que sus sentimientos acercaban más a Bakunin de Mazzini que de Marx. «Quiero a Mazzini —escribió en el curso de su áspero duelo—y lo venero hoy tanto como hace nueve años; sin embargo, debo combatirlo. Debo situarme al lado de Marx contra él. Es una fatalidad a la que todas mis convicciones, mi *religión*, no menos profunda y sincera que la suya, me impiden sustraerme.» *Archivos Bakunin*, 1/1, pp. 37-38.

³⁹ Carta a los redactores del Proletariado italiano, 16-28 de noviembre de 1871, en *Archivos Bakunin*, 1/2, p. 75.

²⁹ Obras, t. IV, p. 374. Véanse también los Archivos Bakunin, II, p. 161, carta a La Libertad, de Bruselas, ob. cit.

³⁰ Carta de marzo de 1872 a Celso Ceretti, que se publicará en el volumen II de los Archivos Bakunin. Véase Celso Ceretti, *Archivos Bakunin*, 1/2, p. 241.

³¹ Véanse *Relaciones personales con Marx. Piezas justificativas número 2*, diciembre de 1871, en *Archivos Bakunin*, 1/2, p. 121.

³³ Carta a Celso Ceretti, doc. cit., en *Archivos Bakunin*, 1/2, página 244. Una razón que los revolucionarios se encontrarían frente a una tarea que rebasaba los medios de que disponían. Este era también el criterio de Carlos Marx. Este pensó que el proletariado francés debía emplear la libertad que le había sido acordada por la República para organizarse, etc.»

¹⁶ Carlos Marx, *Obras escogidas*, I, pp. 543-544.

¹⁷ Miguel Collinet, *La tragedia del marxismo (Del Manifiesto comunista a la estrategia totalitaria)*. Ensayo crítico. París, Calmann-Levy, 1948, pp. 145-146.

¹⁸ Citado por Collinet, *ibid.*, pp. 142-143. ^{1a} *Ibid.*, pp. 147-148.

²⁰ V. I. Lenin, *Marxism o gosudarsive*, pp. 56-57 (El marxismo a propósito del Estado. Materiales utilizados para el folleto *El Estado y la Revolución*), Moscú, Partizdat.

²¹ Hemos citado esta frase de Marx porque demuestra que el germen de la idea de «perecimiento» del Estado no era nuevo para su pensamiento. Véase *Miseria de la filosofía*. París, Editions Sociales, 1947, p. 135.

²² M. Bakunin, *La Comuna de París y la noción de Estado*. Fragmentos, en el número de abril-mayo de 1878 de la revista *Le Trauaizeur*. Véase también Miguel Bakunin, *Obras*, ob. cit., t. IV,

¹² Marx-Engels, *Manifiesto del partido comunista*, ob. cit., introducción a la edición alemana de 1872.

¹³ C. Marx, *La guerra civil en Francia*, ob. cit., p. 300, introducción de Engels a la edición alemana de 1891.

¹⁴ *Ibíd.*, *loc. cit.*

¹⁵ Citado por F. Brupbacher, *Socialismo y libertad*. Selección de textos traducidos y presentados por J. P. Samson, Neuchâtel, Editions de la Baconniere, 1954, p. 126. Véase también F. Engels, K. Kautsky, E. Vandervelde, O. Bauer y Fr. Adler, *Historia de la Internacional socialista*. Bruselas, L'Eglantine, 1924, estudio de Kautsky, p. 12. A propósito de la Comuna se dice lo siguiente: «Este alzamiento fue desastroso para la Primera Internacional. Los internacionalistas, comprendidos los de París, eran opuestos al mismo, ya que reían con aprehensión que se acercaba el conflicto y creían conciencia.

⁶ Al publicarse en ruso *Gosudarsivennost i Anarkhia* (Estado y anarquía) de Bakunin, Marx tuvo probablemente la intención de entablar una polémica sobre este tema. No obstante, sólo quedan algunas notas y observaciones marginales, publicadas en la edición rusa de las *Obras* de Marx y Engels. Existen también varias ediciones incompletas en alemán, francés e italiano. Véase, entre, otras, C. Marx y F. Engels, *The articoli contra l'anarchismo. Appendice: Dagli appunti di Carlo Marx sul libro di Bakunin «Stato e anarchia»*. Bruselas, Ed. di Cultura sociale, 1935, así como la edición francesa del mismo folleto, publicada por el Bureau d'édition, París, 1935. Véase asimismo *Werke*, t. XVIII, pp. 599-642. Un texto más o menos completo de las notas de Marx fue publicado en inglés por Henry Mayer con una introducción titulada *Marx on Bakunin: A neglected text*, en los *Estudios de Marxología*, núm. 2, octubre de 1959.

⁷ Véase p. 132, consideraciones sobre este tema.

³ *Comunicación confidencial*, en *Cartas a Kugelmann*, ob. cit., páginas 133-134. Véase asimismo *Comp. de doc.*, t. II, p. 139.

⁴ Carta a Bolle del 23 de noviembre de 1871, *Ausgewählte Briefe...*, pp. 317-318.

Diálogo imaginario entre Marx y Bakunin

Maurice Cranston

El 3 de noviembre de 1864, dos grandes personalidades se reunieron en Londres; dos hombres barbudos y canosos, un alemán y un ruso, de enorme intelectualidad, acuden para hablar de sus diferentes visiones sobre el socialismo y sobre la vida en general. Esa diferente concepción de las cosas estaría llamada a conmocionar la historia, y hay que insistir en que todavía lo está. La reconstrucción de aquel diálogo, en el contexto de una tarde fría y neblinosa, en la que ambos hombres tratarían de entrar en calor tomando una taza de té, la llevaría a cabo Maurice Cranston y se emitiría en octubre de 1962 en la BBC de Londres; meses más tarde, reproduciría el texto la revista *Anarchy* y, al año siguiente, sería traducido al castellano por José Peirats. En la conversación hay cabida para todo: la forma de vivir tranquila y familiar de Marx, las aventuras y la vida errante de Bakunin, los embustes fabricados por Marx contra Bakunin, Proudhon y el origen del anarquismo, el poder, el Estado, la libertad en el socialismo y el socialismo sin libertad...; todo ello con rotundidad, pero también con ironía y respeto mutuo, rasgos que caracterizan a dos grandes hombres con posturas divergentes por razones que la historia ha ido dilucidando.

BAKUNIN. - Mi querido Marx, puedo ofrecerte tabaco y té. Temo, sin embargo, que mi

hospitalidad resulte frugal. En estos momentos me hallo empobrecido.

MARX. - Siempre he sido pobre, Bakunin. Todas las formas de la pobreza me son conocidas. Es el peor de los males.

BAKUNIN. - La esclavitud es el peor de los males, Marx, no la pobreza. ¿Una taza de té? Lo tengo siempre a punto; en este Londres las amas de casa son muy atentas. Cuando vivía en Paddington Green había allí una, llamada Gracia -una *bonne à tout faire*-, que subía y bajaba escaleras todo el día y parte de la noche con mi agua caliente azucarada.

MARX. - Si la clase trabajadora llevase una vida dura en Inglaterra, sería la primera en sublevarse.

BAKUNIN. - Sería... ¿Pero lo será?

MARX. - Ella o los alemanes.

BAKUNIN. - Los alemanes no se insurgirán jamás. Morirán antes de hacerlo.

MARX. - No es cuestión de temperamento nacional, Bakunin; es cuestión de progreso industrial. Allí donde los obreros posean conciencia de clase...

BAKUNIN. - No hay conciencia de clase aquí en Inglaterra. La criada de que hablaba antes era

completamente dócil, resignada, sumisa. Dábame pena verla tan explotada.

MARX. - Al parecer, tú mismo no dejabas de explotarla.

BAKUNIN. - La explotación reina en Londres por todas partes. En esta vasta ciudad, repleta de miseria, escuálidas, oscuras y sórdidas callejas, nadie se atreve a levantar una barricada. No, Marx éste no es un lugar para un socialista.

MARX. - Sin embargo, es casi el único lugar en que se nos admite. He permanecido aquí quince años.

BAKUNIN. - Lastima que no me conocieras en Paddington Green. Estuve allí mas de doce meses. Al examinar tú tarjeta ayer, recordé que nuestros caminos no se habían cruzado desde los viejos días de París.

MARX. - Tuve que abandonar París en 1845.

BAKUNIN. - Sí, antes del levantamiento de Dresde, cuando caí, por así decirlo, en manos del enemigo. Me mantuvieron encarcelado durante diez años. Después me desterraron a Siberia. Como sabes bien, conseguí escaparme para llegar a Londres. Ahora se me permite vivir en Italia. Regresare a Florencia la próxima semana.

MARX. - Muy bien, al fin vas a poder moverte.

BAKUNIN. - Yo siempre me muevo. No soy un

revolucionario discreto como tú. Las coronas de Europa me mantuvieron siempre en movimiento.

MARX. - Las coronas de Europa me expulsaron a mí también de varios países. Y la pobreza me ha ido forzando a abandonar varios hogares.

BAKUNIN. - ¡Ah, la pobreza! Yo voy siempre sin un céntimo, siempre pidiendo prestado a los amigos. Debo haber vivido con dinero prestado largas etapas de mi vida ; excepto en la cárcel. Y tengo 50 anos. Pero nunca pienso en el dinero. Es de burgueses pensar en el dinero.

MARX. - Eres afortunado. No tienes familia que mantener.

BAKUNIN. - Debes saber que me uní con una mujer en Polonia. Aunque es cierto que no hemos tenido hijos. ¿Más té? Yo, sí. Un ruso no puede vivir sin té.

MARX. - Y sois muchos rusos, Bakunin; muchos los rusos nobles, para ser exacto. Debe ser difícil, dado vuestro temperamento, penetrar en la mente del proletariado.

BAKUNIN. -¿Y qué opinas tú mismo. Marx? ¿No eres hijo de un próspero burgués? ¿No es tu mujer una von Westphalen, hija del Barón von Westphalen y hermana del ministro del Interior de Prusia? Confiesa que todo eso es de un dudoso origen plebeyo.

MARX. - El socialismo necesita de los intelectuales tanto como de la clase obrera. Además, supe mucho de persecuciones y de hambre en frías y desveladas noches de exilio.

BAKUNIN. - La noche carcelaria es mas interminable y fría. Yo estoy tan acostumbrado al hambre que casi no la siento ahora.

MARX. - Creo que la peor de las cosas es ver a los propios hijos perecer por carecer de dinero con que alimentarlos debidamente.

BAKUNIN. - Si, lo creo; ser condenado a muerte no es tan malo como podrías pensar. De cierta manera lo tomé más bien como algo hilarante.

MARX. - Desde que permanezco en Londres he vivido en apartamentos amueblados, baratos y sórdidos. He tenido que pedir prestado y comprar a crédito ; tuve que empeñar trajes para pagar el alquiler. Mis hijos están adiestrados para esquivar a los acreedores diciéndoles que no estoy en casa. Todos nosotros, mi mujer y yo, mis hijos y una vieja sirvienta, vivimos amontonados en dos piezas, y no hay en ellas un limpio y decente mueble. Yo trato de trabajar en la misma desvencijada mesa donde cose mi mujer y juegan mis hijos; y permanecemos horas sin luz ni provisiones por carecer de dinero para comprarlas. Mi mujer se siente a menudo enferma, y también mis hijos, pero no me arriesgo a llamar al médico ante la imposibilidad de pagar sus viáticos y los medicamentos de sus recetas.

BAKUNIN. - Pero mi querido Marx, ¿tampoco tu colaborador Engels? Yo siempre he creído...

MARX. - Engels es sumamente, generoso, pero no siempre le ha sido posible ayudarme. Créeme, he sufrido toda clase de infortunios. Mi peor desgracia ocurrió hace ocho años, cuando mi hijo Edgar falleció a la edad de seis. Francis Bacon dice que, en realidad, las gentes importantes tienen tantos contactos con la naturaleza y el mundo, son tantas las cosas que las preocupan, que suelen pasar por encima de esas pérdidas. Yo, Bakunin, no soy una de esas gentes importantes. La muerte de mi hijo me afectó tan profundamente que siento su pérdida tan amargamente hoy como el mismo día del desenlace.

BAKUNIN. - Si es dinero lo que necesitas, Alexander Herzen lo tiene en abundancia. Yo he recurrido a él muchas veces. No veo por qué no te ayudaría a ti.

MARX. - Herzen es un reformador burgués de lo más superficial. No tengo tiempo para tratar con cierta gente.

BAKUNIN. - A no ser por Herzen no habría podido traducir vuestro *Manifiesto comunista* al ruso hace de eso unos dos años.

MARX. - Una traducción tardía, pero te la agradezco. Tal vez tengas intención de traducirme ahora *Miseria de la filosofía*.

BAKUNIN. -- No, querido Marx, yo no situó éste al lado de tus más grandes trabajos. Por otra parte eres demasiado duro con P. J. Proudhon.

MARX. - Proudhon no es socialista. Es un ignorante, un típico autodidacta de la clase baja, un parvenu en economía que hace gran ostentación de cualidades que no posee. Su jactanciosa charlatanería pseudocientífica es verdaderamente intolerable.

BAKUNIN. - Admito que Proudhon es limitado, pero es cien veces más revolucionario que todos los socialistas doctrinarios y burgueses. Tiene el valor de declararse ateo. Por encima de todo salta a la liza por la libertad contra la autoridad, por el socialismo, que debe ser enteramente libre de toda clase de regulación gubernativa. Proudhon es un anarquista reconocido.

MARX. - En otras palabras, sus ideas son muy parecidas a las tuyas.

BAKUNIN. - He sentido su influencia, pero a mi entender Proudhon no va nunca lo suficientemente lejos. Se encoge ante la acción. No comprende que, en determinadas circunstancias, la destrucción es en sí misma una forma de creación. Yo soy un revolucionario activo. Proudhon es un socialista teórico como tú.

MARX. - No comprendo lo que quieres decir por socialista teórico, Bakunin ; pero me aventuro a reclamarme tan socialista activo como tú.

BAKUNIN. - Mi querido Marx, no aludo a nada irrespetuoso. Por lo contrario, recuerdo que fuiste expulsado de la Universidad de Bonn por duelo con pistola. Por lo tanto reconozco que serías un soldado de la revolución si pudiéramos alguna vez arrancarte de la biblioteca del Museo Británico y llevarte a las barricadas. Cuando me refiero a ti como socialista teórico quiero significar que eres tan teórico del socialismo como Proudhon. Yo no podría nunca escribir un extenso tratado filosófico de la importancia del tuyo y del de Proudhon. Yo no rebaso los límites del panfleto.

MARX. - Tu eres un hombre educado. Tu no podrías escribir para el vulgo como hace Proudhon.

BAKUNIN - Bueno, es verdad que Proudhon es el hijo de un campesino y un hombre autodidacta; pues bien, yo soy hijo de un gran terrateniente. aunque estoy adivinando lo que estás pensando, Marx: que estudié filosofía hegeliana en la Universidad de Berlín.

MARX. - No podrías haber tenido mejor preparación. Y de un; socialista de tu Cultura habría que esperar algo mas--que empuñar un fusil en la barricada y pegarle fuego a la Opera de Dresde.

BAKUNIN. - Me estás supervalorando, Marx. Personalmente yo no prendí fuego a la Opera de Dresde. Y, además, yo no actué en Dresde como anarquista. Los hechos en cuestión, como podrás

recordar están relacionados con la Dieta Sajona, Cuando ésta votó una constitución federal para Alemania. El rey de Sajonia no quería saber nada con ninguna clase de unificación y disolvió la Dieta. El pueblo se sintió ultrajado y, en mayo de aquel año, empezó a levantar barricadas en las calles de Dresde. Los líderes del Parlamento, que eran, por supuesto, burgueses liberales, invadieron la Casa Consistorial y proclamaron un gobierno provisional.

MARX. - Precisamente, pienso yo, esta causa no podía inspirar a un hombre como tú, tan opuesto a todas las formas de gobierno.

BAKUNIN - El pueblo no había tomado las armas contra el rey, Se había solamente sublevado. Esto representaba algo. Como casualmente me encontraba en Dresde, me puse al servicio de la revolución. Después de todo yo conocía la táctica militar. La burguesía liberal sajona no tenía ningún conocimiento de esta técnica. Con una pareja de oficiales polacos formé el Estado Mayor de las fuerzas insurgentes.

MARX. - ¿Soldados de fortuna, no? Sin embargo, no fuisteis afortunados.

BAKUNIN. - No, no duró mas que unos pocos días. El rey consiguió refuerzos prusianos y hubimos de evacuar Dresde. Como dijiste, algunos de nuestros hombres prendieron fuego a la Opera. Yo era partidario de volar la Casa Consistorial con nosotros dentro. Pero los polacos habían desaparecido en el entretiem po y el ultimo de los

liberales sajones quiso trasladar su gobierno a Chemnitz. Yo no podía desertar y fui llevado como un cordero al matadero. En Chemnitz, el burgomaestre nos sorprendió en la cama.

MARX. - Así, pues, Bakunin, fuiste a la cárcel por la causa de la unidad alemana; y por tratar de establecer por la fuerza un gobierno liberal burgués. La cosa tiene gracia.

BAKUNIN. - Pude haber sido fusilado por ello. Pero la experiencia hizo de mi otro hombre. Ciertamente he aprendido mucho de ti, Marx. Discrepaba de tus opiniones en 1848, pero ahora reconozco que ibas mucho mas lejos que yo. Admito que las llamas del movimiento revolucionario europeo se me subieron a la cabeza, y me atraía el lado negativo de la revolución más que el positivo.

MARX. - Bien, me felicito de que aprovecharas debidamente los años de forzada reflexión.

BAKUNIN. - No obstante, hay un aspecto sobre el cual yo tenía razón y tú estabas equivocado, Marx. Como eslavo yo quería la liberación de la raza eslava del yugo germánico. Y quería que eso se produjera por medio, de una revolución; es decir, mediante la destrucción de los regímenes existentes en Rusia, Austria, Prusia y Turquía; y por la reorganización del pueblo de abajo arriba, en completa libertad.

MARX. - Es decir, que no te has repuesto todavía

de tu viejo paneslavismo. Eres el mismo viejo patriota ruso que eras en Paris.

BAKUNIN. - ¿Qué entiendes tú por "patriota ruso"? Sé franco, Marx. ¿Crees todavía que soy una especie de agente del gobierno ruso?

MARX. - Nunca he creído eso, y uno de los motivos por los cuales he acudido hoy a tu cita fue para esclarecer completamente el más remoto vestigio de esta infortunada sospecha.

BAKUNIN. - Pero este rumor fue publicado por primera vez en el *Neue Rheinische Zeitung*, cuando tú eras el director.

MARX. - Ya dejé aclarado eso hace tiempo. El rumor vino de nuestro corresponsal en Paris a quien George Sand dijo que eras un espía ruso. Después publicamos la rectificación de George Sand y la tuya propia in extenso. No podíamos hacer mas. Yo también me he excusado personalmente.

BAKUNIN. - Pero no conseguiste matar el rumor, incluso después de que me hubieran transferido de una prisión austriaca a otra de Rusia, después de permanecer yo años y años en solitario confinamiento y de ser mas tarde deportado a Siberia. Tú nunca estuviste en la cárcel, Marx. Tú no sabes lo que es sentirse sepultado en vida; tener que confesarte a ti mismo, cada hora del día y de la noche: "Soy un esclavo, un aniquilado". Sentirse repleto de devoción y de heroísmo para

servir la causa de la libertad y ver todo tu entusiasmo roto por cuatro muros desnudos. Esto no es lo peor; lo peor de verdad es salir del encierro y verse perseguido por la infamante calumnia de que eres un agente del mismo tirano que te ha condenado.

MARX. - Vamos, ya nadie se acuerda de este asunto.

BAKUNIN. - Vamos, mi querido Marx. El rumor vuelve a circular fresco como una rosa, aquí mismo, en Londres. Ha sido impreso en uno de esos papeles publicados por Denis Urquhart, un inglés amigo vuestro, siento tener que decirlo.

MARX. - Urquhart es un monomaniaco, adora todo lo turco y odia todo lo ruso sistemáticamente. No anda del todo cuerdo.

BAKUNIN. - Pero tú escribes en su prensa y hablas en su tribuna, mi querido Marx.

MARX. - Parece un tanto excéntrico. Y, desde que comparto mis puntos de vista sobre Palmerston – o cree tal cosa-, me brinda la posibilidad de publicar mis trabajos. Se trata de propaganda. Y paga algo, como hace el *New York Tribune*. Pero ten por seguro, Bakunin, que la reaparición de ese estúpido rumor me ha disgustado mas que a ti mismo. Permíteme que te prometa, de una vez para siempre, que nunca he tenido que ver con ese enojoso asunto. Nunca acabo de lamentarlo.

BAKUNIN. - Sinceramente acepto tus excusas, Marx.

MARX. - Pero hay algo que honestamente debo señalar. Tu paneslavismo lo considero completamente hostil a los intereses del socialismo y sólo puede conducir a un crecimiento siniestro del poder ruso en Europa.

BAKUNIN. - El paneslavismo -es decir, el paneslavismo democrático- forma parte del gran movimiento europeo de liberación.

MARX. - Absurdo, absurdo.

BAKUNIN. - Pruébame ese desatino mi querido Marx. Justifica tú afirmación.

MARX. - El auge del paneslavismo fue en los siglos VIII y IX, cuando los eslavos del sur ocupaban todavía toda Hungría, Austria y amenazaban a Bizancio. Si no pudieron defenderse entonces y conservar su independencia cuando sus dos enemigos, los alemanes y los magiares, se estaban destrozando mutuamente, ¿cómo podrían hacerlo ahora después de mil años de opresión y desnacionalización? Casi todos los países de Europa cuentan con minorías, dispersas ruinas de gentes, vestigios del pasado arrumbados por las naciones impulsoras del desarrollo histórico. Sabes que Hegel llamaba a esas minorías hojarasca étnica.

BAKUNIN - En otras palabras, tú consideras a estos

pueblos como despreciables, indignos del derecho a la vida.

MARX. - Yo no entiendo el lenguaje de los derechos. La verdadera existencia de tales pueblos es una protesta contra la historia. Y es por esto que son siempre reaccionarios. Fíjate en los gaélicos de Escocia, soporte de los Estuardos desde 1640 a 1745; fíjate en los bretones de Francia, partidarios de los Borbones desde 1792 a 1800. O en los vascos de España. Y contempla a la misma Austria en 1848. ¿Quiénes hicieron entonces la revolución? Los alemanes y los magiares. ¿Y quiénes proporcionaron las armas que permitirían a los austriacos reaccionarios aplastar a la revolución? Los eslavos. Los eslavos atacaron a los italianos, entraron en tromba en Viena y restauraron la monarquía Habsburgo. Los eslavos mantuvieron en el poder a los Habsburgo.

BAKUNIN. - Si, pero eran eslavos de los ejércitos del emperador. Tu sabes bien que el movimiento paneslávico es democrático y resueltamente opuesto a los Habsburgo, a los Romanoff y a los Hohenzollern.

MARX. ¡Oh, ya leí vuestros manifiestos, Bakunin! Sé lo que *quisiérais* obtener.

BAKUNIN. - Entonces sabrás lo que me propongo: la abolición de todas las fronteras artificiales de Europa y la creación de límites trazados por la voluntad soberana de los mismos pueblos.

MARX. - Esto suena muy bien. Pero simplemente ignoras los verdaderos obstáculos que se yerguen en el camino de cada uno de esos esquemas : los distintos niveles de civilización que los diversos pueblos europeos han alcanzado.

BAKUNIN. - Siempre tuve en cuenta las dificultades, Marx. Y he afirmado que la sola manera de superarlas es por medio de una política de federación. El eslavo no es enemigo de los alemanes y magiars democráticos. Les ofrecemos una fraternal alianza sobre la base de la libertad, la fraternidad y la igualdad.

MARX. - Eso son meras palabras. Carecen de sentido ante los hechos. Y los hechos son tan simples como brutales. A excepción de vuestra propia raza y los polacos, y tal vez de los eslavos de Turquía, los demás eslavos carecen de futuro. Porque esos otros eslavos carecen de requisitos previos de independencia histórica, geográfica, económica, política e industrial. Carecen, en suma, de civilización.

BAKUNIN. - ¿La tienen los alemanes? ¿Es eso civilización? ¿Tú crees que su gran civilización otorgar a los alemanes derecho de dominio sobre Europa y el de cometer crímenes contra los demás?

MARX. - ¿Qué crímenes? Cuanto más consulto la historia más me convengo de que el único crimen cometido por alemanes y magiars contra los eslavos fue el de evitar que se convirtieran en

turcos.

BAKUNIN. - Bien, mi querido Marx, yo siempre he dicho de Alemania lo que Voltaire decía de Dios: si no existiese, habría que inventarla. No hay nada mas efectivo para mantener vivo el paneslavismo que el odio de Alemania.

MARX. - He aquí otra prueba de que tu infeliz paneslavismo es reaccionario. Enseña a las gentes el odio a los alemanes en vez de a su verdadero enemigo: la burguesía.

BAKUNIN. - Los dos van a la par. Esa fue mi evolución desde el burdo nacionalismo de mi juventud. Hoy sostengo que la libertad es una mentira para la gran mayoría de los pueblos si se les priva de educación, ocio y pan.

MARX. - Como sabes, Bakunin, te considero un amigo, y no vacilo en llamarte socialista a pesar de que...

BAKUNIN. - ¿A pesar de qué?

MARX. - En fin, tú desdeñas resueltamente lo que yo llamo política.

BAKUNIN. - Ciertamente, no me interesan el Parlamento, los partidos, las asambleas constituyentes y las instituciones representativas. La humanidad necesita de algo mas elevado: un nuevo mundo sin leyes ni Estados.

MARX. - ¿La anarquía?

BAKUNIN. - Si, la anarquía. Debemos subvertir el conjunto político y el orden moral del mundo presente. Hay que cambiarlo de arriba abajo. Es una quimera tratar solamente de modificar las instituciones existentes

MARX. - Yo no deseo modificarlas. Yo simplemente digo que los trabajadores debieran tomar posesión de ellas

BAKUNIN. - Debieran ser completamente abolidas. El Estado corrompe tanto nuestros instintos y nuestra voluntad como nuestra inteligencia. El principio fundamental de todo socialismo valido es subvertir la sociedad.

MARX. - Yo llamo a eso una curiosa definición del socialismo.

BAKUNIN. - A mi no me interesan las definiciones, Marx. En esto diferimos completamente. Yo no comparto contigo la idea de que cualquier sistema prefabricado va a salvar el mundo. Yo carezco de sistema. Yo soy un investigador. Creo en el instinto mas bien que en el pensamiento.

MARX. - Pues nunca serás socialista sin una política.

BAKUNIN. - Desde luego no carezco de ella. Y si tenerla significa tener las cosas dispuestas punto por punto, te diré cual es mi programa: en primer

lugar suprimir las leyes fabricadas por el hombre.

MARX. - Pero tú no puedes suprimir las leyes. Todo el Universo se halla gobernado por leyes.

BAKUNIN. - Naturalmente, no podemos suprimir las leyes naturales. He de convenir contigo en que los hombres pueden ampliar su libertad extendiendo su conocimiento de las leyes naturales que rigen el Universo. El hombre no puede rehuir la naturaleza, y seria absurdo - proponernoslo. Pero esto no es lo que propongo. Yo digo que debiéramos abolir las leyes hechas por la mano del hombre, las leyes artificiales. En otras palabras: las leyes políticas y jurídicas.

MARX. - No puedes pretender seriamente que la sociedad no imponga leyes a sus miembros.

BAKUNIN. - La sociedad no tiene necesidad de imponer leyes. El hombre es por naturaleza un ser sociable. Fuera de la sociedad puede ser una bestia o un santo. Hay leyes en la sociedad capitalista porque es competitiva, adquisitiva y, por lo tanto, enfrenta al hombre contra el hombre. La libertad sólo será posible cuando todos los hombres sean iguales. Razón por la cual no puede haber libertad sin socialismo.

MARX. - Aquí concuerdo enteramente contigo.

BAKUNIN. - Dices estar de acuerdo conmigo. Marx. Pero cuando digo que no puede haber libertad sin socialismo quiero también señalar que

el socialismo sin la libertad es esclavitud y brutalidad.

MARX. - Yo nunca defendí el socialismo sin libertad.

BAKUNIN. - Sí, amigo Marx, sí. Tú defiendes la dictadura del proletariado.

MARX. - La dictadura del proletariado es también parte de la libertad, parte del proceso de liberación.

BAKUNIN. - Cuando hablo de libertad pienso en la sola libertad digna de este nombre; libertad que consiste en el entero desarrollo de todas las potencias materiales, económicas y morales que laten en el hombre; una libertad que no debe admitir ninguna restricción excepto las fijadas por las leyes de nuestra propia naturaleza. Defiendo una libertad que, lejos de ser detenida por la libertad de los demás, es, por lo contrario, confirmada y extendida por la libertad de todos. Quiero una libertad que triunfe de la fuerza bruta y del principio de autoridad.

MARX. - Escucho tus palabras, Bakunin, pero ignoro el significado que les atribuyes. Quiero dejar bien sentado que nunca conseguirás forzar el advenimiento del socialismo, o realizar algo substancial en política, sin partir del principio de autoridad.

BAKUNIN. - El socialismo necesita del principio de

disciplina, pero no de la autoridad. No la clase de disciplina impuesta desde fuera, sino la disciplina voluntaria y reflexiva que el hombre se impone a si mismo, la cual se armoniza perfectamente con el principio de libertad.

MARX. -A lo que parece no has aprendido mucho de la experiencia de tus rebeliones, Bakunin. Tales movimientos no podrán prosperar sin un principio de autoridad. Tiene que haber capitanes hasta en los ejércitos del anarquismo.

BAKUNIN. - Naturalmente, en el momento de la acción militar, en plena batalla, los papeles se distribuyen de acuerdo con las aptitudes de cada uno, evaluadas y determinadas por el movimiento en su conjunto. Unos hombres dirigen y mandan, y otros ejecutan lo mandado. Pero ninguna función permanece fija y petrificada. No existen órdenes jerárquicas ; el líder de hoy debe transformarse en el subordinado de mañana. Nadie se encumbra sobre los demás y, si debo hacerlo por un corto tiempo, es solamente para descender después, como las olas del mar, al nivel saludable de la igualdad.

MARX. - Bien, Bakunin, si admites que dicha dirección y mando son necesarios durante la batalla, entonces tal vez estaremos de acuerdo sobre lo demás. Yo siempre he sostenido que la dictadura del proletariado será solamente necesaria durante los primeros pasos del socialismo. Tan pronto la sociedad sin clases adquiera madurez no habrá necesidad del Estado.

Por emplear un término de mi colaborador Engels, « el Estado se irá marchitando».

BAKUNIN. - No veo signos de marchitamiento del Estado en el *Manifiesto comunista* que tú y Engels escribisteis. Se trata de un ingenioso panfleto y no lo hubiese yo traducido de no ser por esa admiración que me inspira. Pero el hecho persiste en que de los diez puntos del programa socialista trazados por vosotros en aquellas páginas, no menos de nueve, claman por el robustecimiento del Estado: el Estado debe poseer todos los medios de producción, controlar el comercio y el crédito, imponer el trabajo forzado y colectar los impuestos, monopolizar la tierra, dirigir los transportes y comunicaciones, y también regular escuelas y universidades.

MARX. - Si no te place este programa es que no amas el socialismo.

BAKUNIN. - ¡Pero si eso no es socialismo, Marx! Esto es la forma más acabada de estatismo, el Estado elefantiaco de los germanos, inseparable del garrote. Socialismo significa el control de la industria y la agricultura por los trabajadores mismos.

MARX. - Un Estado socialista es un Estado proletario. Ambos deben controlar las cosas directamente.

BAKUNIN. - Pero eso es la típica ilusión burguesa, la teoría democrática de que el pueblo puede

controlar al Estado. En la práctica es el Estado el que controla al pueblo, y cuanto más poderoso es el Estado, más aplastante es su dominio. Observa lo que está ocurriendo en Alemania. A medida que el Estado crece, toda la corrupción que acompaña toda política centralista se apodera de la gente, por más honrada que sea. Más todavía: el monopolio capitalista crece tan aprisa como crece el Estado.

MARX. - El crecimiento del monopolio capitalista pavimenta el camino por donde ha de llegar el socialismo. La razón de que Rusia este tan alejada del socialismo consiste en que apenas empieza a emerger del feudalismo

BAKUNIN. - El pueblo ruso está más cerca del socialismo de lo que tú crees, mi querido Marx. En Rusia los labriegos cuentan con su propia tradición revolucionaria y tienen un gran papel a desempeñar en la liberación del género humano. La revolución rusa se halla enraizada profundamente en el alma del pueblo. En el siglo XVII los campesinos se sublevaron en el Sudeste. Y en el siglo XVIII Pugachev dirigió una revuelta campesina en la cuenca del Volga que duró dos años. Los rusos no rehúyen la violencia. Saben que el fruto vivo del progreso humano está regado con sangre. Tampoco le huyen al fuego. El incendio de Moscú que marcó el principio del desastre de Napoleón fue algo genuinamente ruso. Son las hogueras en las cuales la raza humana debe purgarse de la escoria de la

esclavitud.

MARX. – Esto suena mucho a dramático, amigo mío; pero la cuestión concreta reside en que el socialismo depende del emerger de un proletariado con conciencia de clase. Y esto es algo que solo podemos esperar de países altamente industrializados como Inglaterra, Alemania y Francia. El campesinado es el menos organizado y menos dispuesto de todas las clases sociales para la revolución. Los campesinos son más atrasados que el *lumpenproletariat* de las ciudades. Son puros bárbaros o trogloditas.

BAKUNIN. - Esto muestra nuestra profunda discrepancia, Marx. Para mí, la flor del proletariado no consiste, como tú crees, en las altas capas, en los instruidos artesanos de las factorías que son, en todo caso, semiburgueses, o pretendidos tales. He conocido a estas gentes en el movimiento obrero de Suiza, y puedo asegurarte que se hallan impregnados de todos los prejuicios sociales, de todas las aspiraciones y pretensiones estrechas de la clase media. Los técnicos son los menos socialistas de los trabajadores. A “mis” ojos, Marx, la flor del proletariado es la gran masa, la chusma, los millones de desheredados, desgraciados e iletrados desdeñosamente motejados por ti de *lumpenproletariat*.

MARX. - Evidentemente, no has ahondado mucho en el concepto de proletariado. El proletariado no son los pobres. Siempre ha habido gentes pobres. El proletariado es algo nuevo en la historia. No es

la pobreza ni el infortunio que hace proletarios a los hombres. Es su indignación contra la burguesía, su reto, su valor, su resolución de poner fin a su, condición. El proletariado se crea solamente cuando esta última indignación, esta conciencia de clase se añade a la pobreza. El proletariado es la clase con finalidades revolucionarias, la clase que apunta a la destrucción de todas las clases, la clase que no puede emanciparse ella misma sin emancipar al género humano en su conjunto.

BAKUNIN. - ¡Pero si vuestro socialismo no elimina las clases, Marx, sino que crea dos: la de los dirigentes y la de los dirigidos! Tendrá que existir un gobierno con mucha más tarea por delante que los conocidos hasta el presente. Y será el pueblo el llamado a ser gobernado. De un lado, habrá la «intelligentzia», la más despótica, arrogante y autoporficiada clase que jamás habrá existido y que mandará en nombre de la experiencia; del otro lado, habrá la simple masa ignorante que deberá obedecer.

MARX. - Los legisladores y administradores del Estado socialista serán los representantes del pueblo.

BAKUNIN. - He aquí otra ilusión liberal: y, en particular, que el gobierno resultante de una consulta electoral popular pueda representar la voluntad del pueblo. Incluso Rousseau constató el desatino de esa sugerencia. Los propósitos instintivos de las élites gubernamentales se

encuentran siempre en oposición a los fines instintivos del hombre común. Mirando a la sociedad desde sus posiciones elevadas pueden aquéllos evitar realmente el adoptar una actitud de amo o de gobernante.

MARX. - La democracia falla porque las instituciones políticas son siempre manipuladas por el poder financiero de la burguesía.

BAKUNIN. - La sedicente democracia socialista sería viciada por otras presiones. Un Parlamento compuesto exclusivamente de trabajadores, los mismos trabajadores, los mismos adictos socialistas de hoy, se transformaría en un Parlamento aristocrático de la noche a la mañana. Esto ha ocurrido siempre. Sitúa a los extremistas en los sillones del Estado y los convierte en conservadores.

MARX. - Hay razones para esto.

BAKUNIN. - La razón principal es que el Estado democrático es un contrasentido en función. El Estado es por esencia autoridad, fuerza, dominio y, por lo tanto, desigualdad. Por definición, democracia es igualdad. Por lo tanto, democracia y Estado no pueden coexistir. Proudhon nunca fue tan claro como cuando afirmó que el sufragio universal es contrarrevolucionario.

MARX. - Una media verdad ejemplar, un producto típico de la mentalidad periodística de Proudhon. Es cierto que los trabajadores están con frecuencia

demasiado oprimidos por la miseria y se dejan influenciar con demasiada facilidad por la propaganda de la burguesía para hacer el debido uso del voto. Pero el sufragio universal puede ser explotado para fines socialistas. Podemos entrar en la política y ayudar a hacer cuanto es nominalmente democrático, realmente democrático. No podemos alcanzar todos nuestros objetivos por medios parlamentarios. Pero podemos alcanzar gran parte de ellos.

BAKUNIN. - Ningún Estado, ni la República de rojo mas subido, puede dar al pueblo lo que más necesita: La libertad. Todo Estado, incluido vuestro Estado socialista, querido Marx, está basado en la fuerza.

MARX. - ¿Qué otra alternativa tiene la fuerza?

BAKUNIN. - La instrucción, el esclarecimiento.

MARX. - El pueblo carece de instrucción.

BAKUNIN - Puede ser educado.

MARX. - ¿Quién va a educarlo si no es el Estado?

BAKUNIN. - La sociedad tiene que educarse a si misma. Desgraciadamente todos los gobiernos del mundo han dejado al pueblo en un tal estado de profunda ignorancia que seria necesario establecer escuelas no solamente para los niños sino también para los adultos. Pero estas escuelas deben ser libres de todo vestigio del

principio de autoridad. No deben ser escuelas en el sentido convencional de la palabra debieran ser academias populares, en las que los alumnos con cierta experiencia pudieran también enseñar a sus maestros en varios aspectos y no solo de ser enseñados. De esta manera desarrollarían una suerte de fraternidad intelectual entre ellos.

MARX. -- Bien, al fin admires dos categorías de maestros y enseñanza. No creo que la enseñanza llegue a ser un gran problema una vez en pie la sociedad socialista

BAKUNIN.- Sí, la primera cuestión es la emancipación económica; el resto vendrá por añadidura.

MARX. -- No vendrá nada por sí mismo a menos que el Estado socialista lo determine. Toda la evidencia histórica está ahí para demostrarlo. La gente más educada de Europa hoy -los franceses y los alemanes- deben su educación a un sólido sistema estatal en el dominio de la instrucción pública. En los países donde el Estado no se ocupa de la educación escolar el pueblo es irremediablemente analfabeto.

BAKUNIN -- Aquí, en Inglaterra. los grandes colegios y las universidades escapan al control del Estado.

MARX. Pero están dominados por la Iglesia anglicana, que es peor, y que, en todo caso, forma parte del Estado.

BAKUNIN - Los Colegios de Oxford y Cambridge se rigen por sociedades independientes y tradicionales.

MARX. - Conoces poco la vida inglesa, Bakunin. Ambos Colegios han tenido que ser radicalmente reformados por leyes promulgadas por el Parlamento. El Estado ha tenido que intervenir para salvarlos de su completa decadencia intelectual. Con todo se hallan rezagados si los comparamos con las universidades alemanas.

BAKUNIN. - Pero su existencia demuestra que los escolares pueden llevar control de sus propios colegios. Tampoco existe razón alguna para suponer que los trabajadores no sabrían administrar sus propias granjas y factorías por el mismo procedimiento.

MARX. - Llegará un día, no hay que dudarlo, en que ocurrirá de esta manera, pero, mientras, un Estado obrero debe reemplazar a los propietarios burgueses.

BAKUNIN. - Esta es la gran discrepancia entre los dos, Marx. Tú crees que hay que organizar a los trabajadores para la conquista del Estado; yo quiero organizarlos para destruirlo, o, si prefieres un término más refinado, para liquidar el Estado. Tú quieres utilizar las instituciones políticas. Yo quiero que el pueblo se federe libre y espontáneamente.

MARX. - ¿Qué significa federarse

espontáneamente?

BAKUNIN. - El trabajo se organizara por sí mismo. Asociaciones de productores basadas en el apoyo mutuo se organizaran por distritos, y estos distritos se aliaran a su vez con unidades más amplias. Todo el poder procederá de la base

MARX. - Tales proyectos son completamente quiméricos. Son la copia de los *falansterios* y una duodécima edición del Nuevo Jerusalén propuesto por los socialistas utópicos. Son disparates, pero desgraciadamente no inofensivos, porque introducen una espuria noción del socialismo que puede ocupar el lugar del verdadero. Y, al producir una divergencia en la atención de los hombres en cuanto al conflicto inmediato, su efecto es conservador y reaccionario.

BAKUNIN. - Si de alguna cosa no puedes reprocharme, Marx, es de que desvíó la atención de los hombres del conflicto inmediato. Es más, pienso como tú que hay sólo dos partidos en el mundo: el partido de la revolución y el partido de la reacción. Los socialistas pacifistas, con sus sociedades en cooperativas y sus poblados-modelo pertenecen al partido de la reacción. El partido de la revolución desgraciadamente ya está dividido en dos fracciones: los campeones del Estado socialista, al que tú representas, y los socialistas libertarios, entre los cuales me cuento. Tu fracción tiene muchos seguidores, naturalmente, en Alemania, y también aquí en Inglaterra. Pero los socialistas de Italia y España son completamente

libertarios. Ahora bien, la cuestión es esta: ¿qué tendencia prevalecerá en el movimiento obrero internacional?

MARX. - La tendencia genuinamente socialista, creo, y no el ala anarquista.

BAKUNIN. - Llamáis al vuestro genuino socialismo porque os engañáis en cuanto a la naturaleza de la dictadura popular. No os dais cuenta del peligro que ha de llevaros a una nueva esclavitud siguiendo la pauta de otros Estados.

MARX. -- Tú supones que porque el Estado ha sido siempre el instrumento de la clase opresora continuará siéndolo siempre. ¿No cabe imaginar la posibilidad de un tipo distinto de Estado?

BAKUNIN - Cabe imaginar uno tan diferente que no pueda responder a ese nombre. Hay lugar para este en las líneas propuestas por Proudhon: una simple oficina de negocios, un banco central al servicio de la sociedad.

MARX. - Posiblemente sea esto lo que en definitiva ha de ser una sociedad socialista. Ha de llegar un día en que el gobierno del pueblo dejara paso a la administración de las cosas. Pero antes de que el Estado se marchite debe ser reforzado.

BAKUNIN. - Esto no sólo es paradójico, es contradictorio.

MARX. - ¡Qué le vamos a hacer si es así! Tú

conoces a Hegel tan bien como yo. Tú sabes que la lógica de la Historia es la lógica de la contradicción. Cuanto afirmamos lo negamos.

BAKUNIN. - El argumento es bueno en tanto que hegeliano. pero malo en tanto que histórico. Nunca conseguirás destruir al Estado ampliándolo. Yo soy tu discípulo, Marx. Cuanto más pasa el tiempo mayor certeza tengo de tu convicción en abrir la marcha por la gran senda de la revolución económica en invitar a otros a seguir tus huellas. Pero nunca comprendí ni acepte ninguna de tus proposiciones autoritarias.

MARX. - Si eres anarquista, no puedes ser mi discípulo. Pero tal vez sería preferible situar los grandes detalles de tu error. En primer lugar, te refieres al principio de autoridad como si en todas partes y circunstancias hubiese sido erróneo. Este es un punto de vista superficial. Vivimos en una era industrial. Las modernas factorías y los talleres, en donde centenares de trabajadores supervisan complicadas maquinas, han suplantado a los modestos tenderetes de los artesanos individuales. Incluso la agricultura esta cayendo bajo el dominio de la máquina. La acción combinada desplaza a la acción individual independiente. La acción combinada significa organización y organización implica autoridad. En el mundo medieval el pequeño artesano podía ser su propio amo. Pero en el mundo moderno tiene que haber dirección y subordinación. Si te propones resistir a toda clase de autoridad, te

condenas a vivir en el pasado.

BAKUNIN. - Yo no resisto a toda clase de autoridad, Marx. En materia de zapatería me atengo a la autoridad del zapatero; en materia de construcción a la del arquitecto. En cuanto a la salud, a la autoridad de los médicos. Pero no puedo permitir al zapatero, al arquitecto o al médico que impongan su autoridad sobre mí. Acepto sus consejos amigablemente; respeto su experiencia y sus conocimientos, pero me reservo el derecho de crítica y censura. No me contento con consultar a una sola autoridad; consulto varias y comparo sus puntos de vista. A nadie considero infalible. Reconozco que no puedo saberlo todo. Nadie puede conocerlo todo. Razón por la cual no existe hombre omnisciente y universal. Mi razón me prohíbe aceptar una autoridad fija, constante y universal.

MARX. - Pero si suprimes la autoridad de la vida económica y política, nada puede realizarse nunca de forma eficiente ni de ninguna manera. Por ejemplo, ¿cómo podría marchar el tren si no hubiese alguien con poder para despejar las líneas, nadie que decidiera a que hora deben salir los trenes? Nadie que estableciera los horarios, nadie que evitara los accidentes, nadie que dispusiese quiénes deben ocupar los vagones?

BAKUNIN. - Los ferroviarios pueden elegir a los guardias y guardaagujas y obedecer a sus instrucciones libremente. En cuanto a quiénes deben conducir las máquinas y a quiénes deben

ocupar los vagones de primera clase, esta es una cuestión que cada socialista debe plantearse. Según mi socialismo, el público podría turnarse en el trabajo y gozar de las comodidades por mutuo acuerdo. Pero, según tu clase de socialismo, Marx, me imagino ver a los fogoneros de las arcaicas locomotoras atizando las máquinas y a una nueva clase de pasajeros privilegiados, los administradores del Estado socialista, fumando un imponente puro en los vagones de primera clase.

MARX- Escucha, Bakunin, yo no estoy más enamorado del Estado que tú. Todo socialista está de acuerdo en que el Estado político desaparecerá tan pronto como el triunfo del socialismo lo haga innecesario. Pero tú quieres que el Estado político desaparezca bruscamente, para dejar a los obreros sin ninguna clase de dirección, disciplina o control responsable. El *quid* de la cuestión es que vosotros, los anarquistas, carecéis de todo plan para el futuro.

BAKUNIN. - Precisamente porque no podemos prever exactamente lo que nos deparara ese futuro, desconfió, Marx, de los esquemas detallados. Cuando los instintos egoístas dejen lugar a los instintos fraternales, creo que los problemas técnicos de producción y distribución serán resueltos de común acuerdo y por la buena voluntad del mismo pueblo.

MARX. - Tus dudas, Bakunin, son en parte psicológicas y de orden moral. Son también intelectuales. Te hayas bajo el error de que el

Estado ha creado el capital, o que los capitalistas lograron el capital gracias al Estado. Esto acentúa la simplicidad de tus puntos de vista. Tú crees que basta con apartar el obstáculo del Estado para que el capitalismo desaparezca por sí mismo. La verdad es muy distinta, suprimamos el capital, suprimamos la concentración de los medios de producción en manos de unos pocos y el Estado no tardará en dejar de ser un mal.

BAKUNIN. - El mal reside en la verdadera naturaleza del Estado. Todos los Estados son la negación de la libertad. .

MARX. - Adoptando esta extrema y emotiva actitud hacia el Estado perjudicas enormemente la causa de los trabajadores. Utilizas tu influencia, Bakunin, para aconsejar la abstención electoral a los obreros.

BAKUNIN. - Yo aconsejo a los obreros hacer algo más que intervenir en las elecciones. Les impulso a la lucha.

MARX. - Les llevas a la lucha en la incertidumbre de la victoria. Y esta es otra suerte de responsabilidad. Acabo de decir que tus errores eran particularmente de tipo moral. Uno de ellos es que careces de calma. Te complaces en luchar en las barricadas, hasta por causas en las cuales no confías, porque ello satisface tu inveterada inclinación a la acción violenta, por pura excitación. Desdeñas la actividad política verdadera porque requiere paciencia, orden,

reflexión.

BAKUNIN. - Toda mi vida la dedico a la actividad política

MARX. - Dedicas tu vida a la conspiración política, que no es la misma cosa.

BAKUNIN. - Paso toda mi vida entre los obreros. Organización, propaganda, educación.

MARX. - ¿Educación para qué?

BAKUNIN. - Para la revolución. Ciertamente no concibo que los trabajadores gasten sus energías en las falaces instituciones representativas del llamado gobierno.

MARX. - Puedo comprender que tales ideas encuentren adeptos en Italia. y en España, entre abogados, estudiantes y otros intelectuales. Pero los trabajadores no querrán persuadirse de que los asuntos políticos de sus respectivos países les son ajenos. Decir a los trabajadores que deben abstenerse de la política es lanzarlos a los brazos de los curas y de los burgueses republicanos.

BAKUNIN. - Mi querido Marx, si has leído mis escritos públicos sabrás que continúa y apasionadamente arremeto contra ambos. La Iglesia y los republicanos. Tus propias opiniones, comparadas a las mías, son mas moderadas.

MARX. - Mi querido amigo, ni por asomo he

querido poner en duda que odias sinceramente a ambos: al cura y a los republicanos, pero no comprendes que puedes terminar por hacerles el juego.

BAKUNIN. - Estas de broma, mí querido Marx.

MARX. - No, hablo en serio. En primer lugar, examinemos tu propaganda sobre la libertad. Está más que claro que la sola libertad en la cual crees es la libertad individual. De hecho la misma libertad invocada por los teóricos burgueses como Hobbes, Locke y Mill. Cuando piensas en la libertad, crees que nadie debiera ser mandado por nadie. Concibes a cada hombre por separado, en posesión de todos sus derechos, amenazado por instituciones sociales y colectivas como el Estado. No llegas nunca a pensar, como piensa todo verdadero socialista, en la humanidad formando un conjunto, o bien en el hombre en tanto que criatura inseparable de la sociedad.

BAKUNIN. - Una vez más, Marx, demuestras que no me has escuchado, que no has entendido lo que me has oído decir.

MARX. - Pretendo haberte entendido mejor de lo que has sido capaz de entenderte tú mismo. Al no concebir el Estado de otra manera que como aparato generador, de opresión, demuestras tú incapacidad para concebir al hombre de otra manera que como unidad aislada, cada cual con su voluntad privativa, sus deseos e intereses. Esto es lo que creen los teóricos del pensamiento

liberal burgués. Y vosotros, los anarquistas, tenéis la misma concepción del ser humano en la sociedad. Vuestro anarquismo es puro liberalismo llevado a] extremo, llevado a un histérico extremo, podría añadir. Vuestra filosofía es esencialmente egoísta. Tenéis una concepción del yo, y de la libertad del yo, emparentada con la metafísica del capitalismo.

BAKUNIN. - No me interesa la metafísica.

MARX. - Y, sin embargo, el anarquismo llega a conclusiones metafísicas por cualquier lado que lo tomes. Tienes inclusive la misma ética, muy parecida a la ética cristiana: "Apoyo mutuo", os oigo repetir. Puesta en términos convencionales cristianos, podría ser traducida por "Ama a tu prójimo", "Sacrificate por los demás". Sin embargo, el verdadero socialismo no necesita de preceptos porque no reconoce el aislamiento del individuo. En una sociedad socialista el hombre ya no es enajenable de su vecino o de sí mismo.

BAKUNIN. - Dado que el Estado es la causa de la enajenación, es obvio que el remedio consiste en eliminarlo.

MARX. - Pero no podemos eliminarlo hasta que hayamos cambiado las condiciones que hacen del Estado una necesaria excrecencia de la sociedad.

BAKUNIN - Tan pronto como los trabajadores reúnan el suficiente poder para removerlo, el Estado cesará de ser necesario.

MARX. - ¿Admites que es una necesidad en el presente?

BAKUNIN. - Es necesario para una sociedad basada en la propiedad privada. Cuando la propiedad privada haya sido distribuida, Cuando haya triunfado el socialismo...

MARX. - Un socialismo preocupado por la redistribución de la propiedad es un verdadero modelo de vulgaridad. Espero, Bakunin, que no serás de los que piensan que socialismo consiste en un libre reparto individual.

BAKUNIN. - Este es, en realidad, uno de sus objetivos.

MARX. - Amigo mío, las finalidades del socialismo son mucho más radicales que todo eso. Su finalidad consiste en, producir una completa transformación de la naturaleza humana, una transformación del yo, la creación de un nuevo hombre. La voluntad individual fundida en la sociedad. Cada cual liberado de su auto enajenación. Dices que tú propia finalidad es la libertad. El socialismo nos dará una libertad casi desconocida en la pasada experiencia del género humano.

BAKUNIN. - Haces de la vida una cosa demasiado misteriosa.

MARX. - Y tú la conviertes en una cosa vulgar. Contemplando el mundo, Bakunin, te imaginas

que cierta gente es hoy libre y otra gente oprimida.

BAKUNIN. - Yo no me imagino eso. Es la realidad. Los menos son los libres: los ricos.

MARX. - Debo decirte que *nadie* es libre en el mundo actual.. Ni siquiera los burgueses más ricos. Moralmente hablando, el capitalista, en tanto que hombre, es tan esclavo del sistema como los trabajadores. Es lo que nos permite afirmar, haciendo honor a la verdad, que la emancipación del proletariado representa la emancipación del género humano.

BAKUNIN. - Pero lo principal queda en pie. El rico puede hacer lo que le place, mientras que el pobre carece de lo más necesario.

MARX. - Pero la opción del rico se halla gobernada y restringida por la cultura burguesa, por el sistema que niega la benevolencia de cada uno. Además, la teoría de la libertad definida por el "haz lo que te plazca" es muy estrecha.

BAKUNIN. - En todo caso, es mejor que la teoría de la libertad definida por el "haz lo que debes hacer". Es lo que dicen los curas: la perfecta libertad es servir a la iglesia. O lo que dice Hegel: la perfecta libertad es la obediencia al Estado. Personalmente prefiero la noción humana plena de que la libertad significa: "haz lo que quieras".

MARX. - Acabas de definir la libertad como la realización plena de los potenciales del hombre. Y

esto está mucho más cerca del socialismo. El ente socialista será libre en tanto que hombre transformado.

BAKUNIN. - Pero, si al hombre no le es permitido desarrollarse él mismo, no conseguirá manifestar lo mejor que hay en él.

MARX. - En términos burgueses y liberales, Bakunin, estas traicionando tu filosofía liberal burguesa. Pues, ¿no es acaso esto lo que Adam Smith y sus acólitos dicen? Dejad a los hombres solos y cada uno dará de sí lo mejor. El hombre económico con propio incentivo para la autoperfección. ¿Qué es la frase "*Laissez-nous faire...*"?

BAKUNIN. - Desde luego, siempre que quieras ignorar el hecho de que los liberales se aferran a la propiedad privada y a la competencia económica, mientras que yo mantengo que todo debe ser puesto en común...

MARX. - Pues, si partes del principio de que cada hombre debe contar con su preciado derecho privado a la libertad irrestringible, llegarás a la conclusión de que habrá siempre quienes querrán sustraer algo del bien común reclamándolo como suyo propio. No podrías tener al mismo tiempo completa libertad individual sin reclamar la propiedad individual. ¿Qué responderías al hombre que reclamase el derecho a la propiedad? Más que responder, ¿qué harías en defecto de un Estado u otro instrumento de autoridad socialista

capaz de restringir a los recalcitrantes o antisociales?

BAKUNIN. - ¡Pero si tú mismo, Marx, has afirmado que el hombre socialista sería un hombre nuevo, cambiado! Este habría abandonado sus antinaturales impulsos egoístas y adquisitivos, degenerados por la sociedad burguesa.

MARX. - Mi hombre socialista se habría transformado, Bakunin. Pero no reconozco de ninguna manera a tu hombre socialista, Tú concibes a los hombres como individuos, cada cual con su pequeño imperio de derechos. Yo pienso en la humanidad formando un conjunto. La libertad, como yo la concibo, es la liberación del género humano ; no la libertad del individuo.

BAKUNIN. - Otra vez el punto de vista de Hegel sobre la libertad; la idea de que obrar libremente es obrar moralmente y obrar moralmente es obrar de acuerdo con la razón de Estado.

MARX. - Hegel no estaba del todo equivocado. Sólo un ser racional puede ser libre, porque solamente un ser racional puede decidir ante una alternativa. Una opción irracional no es una decisión libre. Obrar libremente es obrar racionalmente. Y obrar racionalmente implica conocer la necesidad de la naturaleza y de la historia. Verdaderamente no hay, antítesis entre la necesidad y la libertad.

BAKUNIN. - No estamos debatiendo sobre la cuestión del libre albedrío, Marx. Estamos tratando

de la libertad política. No hay ninguna dificultad metafísica en esto. La libertad política depende del hecho de suprimir la opresión política. Ninguna clase de iniciación filosófica es necesaria para esto. Un niño de nueve años puede observar el mundo y ver quién es el oprimido y quiénes son los opresores.

MARX. - Y un niño de nueve años podría suponer que la situación no podría remediarse bruscamente suprimiendo el Estado. Podría también convertirse en anarquista. Pero su tierna edad le excusaría de esta locura.

BAKUNIN. - Hay una locura del filósofo como hay una locura de la niñez. Todo tu abstruso razonamiento sobre la libertad puede sólo conducirte adonde llegaron Rousseau y Hegel: a la creencia de que los hombres pueden ser forzados a ser libres.

MARX. - En efecto, a los hombres podemos forzarlos a ser libres, en el sentido de que puedes forzarlos a obrar racionalmente. O, en todo caso, a evitarles que obren irracionalmente.

BAKUNIN. - Una libertad que pueda ser impuesta al hombre no es digna de llamarse libertad.

MARX. - Es la realidad lo que importa, no los hombres.

BAKUNIN. - Bien, mira pues a la realidad. Si hablas de obligar a los hombres a ser libres,

tienes que pensar en dos -clases de gentes: los que fuerzan y los que son forzados. Y ahí tienes los dos tipos que componen la supuesta sociedad sin clases del socialismo autoritario: los dirigentes y los dirigidos, los que están arriba y los que están abajo.

MARX. - Por supuesto, ciertas gentes deben ser superiores a los demás. Como antes te decía, una sociedad socialista debe ser regulada, especialmente en sus primeros pasos. La alternativa es la Torre de Babel, un mundo en el que nadie sabe qué hacer, o qué esperar; un mundo sin orden y sin seguridad, sin confianza en un orden fijo., Anarquía significa caos, y el caos me horroriza. Si el caos te llama, Bakunin, es porque eres propicio al encanto de la vida bohemia o gitana. Tras la rigidez de tu vida juvenil, en el seno de una familia privilegiada y en las escuelas militares, se comprende que el desorden bohemio te atrajera. Pero, si piensas esto, verás que la bohemia es en verdad un primoroso tributo al ethos burgués, retándolo estudiadamente, ultrajándolo. Pero a mí me parece que el *ethos* burgués no merece tal atención. Los socialistas tenemos cosas más serias de que ocuparnos.

BAKUNIN - Hablas, Marx, de "socialismo vulgar", pero tú mismo tienes una noción vulgar de lo que significa el anarquismo. Para las mentes no preparadas, la palabra "anarquía" significa caos y desorden. Pero un hombre educado debe saber que la palabra "anarquía" es una traducción fonética del

griego, que significa simplemente oposición al gobierno. Es una pura superstición la creencia de que la ausencia de gobierno significa el caos y el desorden. Las naciones más ordenadas de la Europa actual no son aquellas en que el gobierno pesa más fuertemente sobre el ciudadano, sino aquellas en que tal presión ha llegado al mínimo grado. No alcanzo a comprender lo que dices de los bohemios. La verdad es que no me atrae en absoluto el desorden.

MARX. - Tú hablas, con vehemencia, de sangre, fuego y destrucción.

BAKUNIN. - Es un mero celo por la lucha. Soy tal vez más impaciente que tú por el advenimiento de la revolución; pero puedo asegurarte que los anarquistas anhelamos tanto como tú el orden socialista.

MARX. - Es inútil ese anhelo, pues, fuera del Estado socialista, no podréis encontrarlo. Vuestra suerte de revolución traerá sangre, fuego y destrucción, seguramente; pero no mucho más.

BAKUNIN - Y tú clase de revolución, Marx, habrá de acarrearos algo infinitamente peor: la esclavitud.

MARX. - Bien, amigo mío, imagino que es una buena cosa haber sido ambos perseguidos por la burguesía; de lo contrario, de prolongar más esta charla, podríamos los dos dejar de ser socialistas.

BAKUNIN. - Voy a pedir más agua caliente. El té se nos ha enfriado